



ALGUNAS OBSERVACIONES

## SOBRE EL PROBLEMA SOCIAL

Uno de los caracteres de la época novísima, es la tendencia á completar y corregir las doctrinas que inspiraron las reformas, llevadas á cabo en la inmediatamente anterior, en las esferas jurídica y económica, principalmente en lo relativo al llamado, como por antonomasia, *problema social*.

Lo primero en que se descubre esta tendencia es en el modo de estimar la extensión y carácter de dicho problema. Producido éste en medio de circunstancias históricas, en las que el prodigioso desarrollo de la industria y la reivindicación del derecho eran, como ha dicho Dameth, dos signos del tiempo, no se vieron en él otros aspectos que el *jurídico* y el *económico*; jurisperitos y economistas se atribuyeron la exclusiva competencia para resolverlo; y, aunque partiendo de distintos puntos, vinieron los unos y los otros á coincidir en proponer, como la solución única y total del problema, la *libertad*. De aquí nacieron dos errores de gran trascendencia; pues, que de un lado, considerando la libertad como fin y no como medio, como causa y no como condición, se esperaron de su proclamación y reconocimiento frutos que no había de dar; y de otro, se dió á la vida económica una importancia desmedida, viéndose en el desarrollo de los intereses materiales como la mejor y más excelente muestra de la civilización, y olvidándose que «el fin de la libertad es la virtud y no la riqueza (1)».

Cuando se hubo comprendido que el derecho, sobre todo cuando se le confunde con la libertad, es tan sólo un medio y condición para la vida, y por tanto la necesidad de que en el seno de aquella sea ésta dirigida por principios, y no dejada á la arbitraria y caprichosa voluntad de los individuos, se conoció que al desarrollo económico y jurídico debía acompañar otro análogo en los órdenes científico, moral y religioso; por consiguiente, que este *problema*, que esta gran crisis producida por el nacimiento de una clase á una nueva vida, por el advenimiento del cuarto estado á la vida social en todas sus manifestaciones, es compleja y tiene varios aspectos; y que no basta, por tanto, reparar la injusticia y remediar la miseria, sino que es

(1) «El fin supremo de la libertad es la virtud y no la riqueza. Cada día estoy más convencido de que la inteligencia de esta verdad contiene en germen toda la ciencia social.» Le Play.—*Reforma social*, t. II, pág. 8, 4.ª ed.

preciso disipar la ignorancia, desarraigar el vicio y matar la impiedad y la superstición. Por esto se proclama por todos la necesidad de difundir la *instrucción*, y por razones permanente históricas según unos, de carácter permanente según otros, va siendo admitida por los más la instrucción primaria obligatoria; por esto se estima como el medio principal de alcanzar reformas serias y durables el reanimar, con relación á la propiedad, el sentimiento de los *deberes* que todos tienen que cumplir; deberes individuales de moderación y templanza en el uso de los bienes; deberes sociales de beneficencia, de ayuda, de socorro de los ricos para con los pobres; en fin, deberes de probidad, de lealtad y de justicia en todas las asociaciones que tienen por objeto la producción, la adquisición y el cambio de bienes (1); y se exige, como primera condición para la reforma social, la restauración del Decálogo (2) en las conciencias, y en la vida el cumplimiento de los deberes en todos, principalmente en las clases directoras (3). Por esto se reconoce por todos la necesidad de una renovación *religiosa*: en el sentido de puro catolicismo, según unos, basada sobre el cristianismo con un carácter amplio y universal, según otros, partiendo tan sólo de la revelación de Dios en la conciencia, según algunos; de todos modos, procurando á los hombres principios que no estén como postizos en el espíritu, y si penetrando la inteligencia, avivando el sentimiento y rigiendo la voluntad (4); revelándose, en una palabra, en la vida, pues que sólo entonces la religión podría producir el efecto que hacía decir al ilustre Tocqueville: *en même temps que la loi permet au peuple américain de tout faire, la religion l'empêche de tout concevoir et lui défend de tout oser* (5); y entonces no habrá motivo para decir

(1) Ahrens.—*Filosofía del derecho*, t. II, pág. 195.

(2) Le Play, en numerosos pasajes de sus obras.

(3) Nuestro ilustre Balmes decía ya en su conocida obra sobre *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, t. III, cap. XLVII:—«Pasaron aquellos tiempos en que las familias opulentas se esmeraban á porfía para fundar algún establecimiento duradero que atestigüase su generosidad y perpetuase la fama de su nombre; los hospitales y demás casas de beneficencia no salen de las arcas de los banqueros, como salían de los antiguos castillos, abadías é iglesias. Es preciso confesarlo, por más triste que sea: las clases acomodadas de la sociedad actual no cumplen el destino que les corresponde; los pobres deben respetar la propiedad de los ricos; pero los ricos á su vez están obligados á socorrer el infortunio de los pobres; así lo ha establecido Dios.»

(4) *Senza fede in un principio non vi ha carattere, ne associazione, ne sanità, né vigoria.*—La *Scienza delle Storia* per N. Marselli; prefacio, p. IX.

(5) *La democracia en América*, t. I, cap. XVII.



que, «la cena de los primeros cristianos no es ya desgraciadamente más que una ceremonia litúrgica, un frío símbolo, en lugar de ser una realidad viva» (1). Pero decíamos al comenzar, que esta nueva tendencia tenía por objeto *completar* el sentido que hasta aquí ha venido mostrando la revolución, porque realmente tiene este carácter y no uno puramente *negativo*. Por esto no contradicen estas nuevas exigencias la importancia que ántes se diera á los aspectos jurídico y económico del problema, sino que se limitan á levantar, al lado de ellos, los restantes, sin caer en el error de desconocer la virtualidad del derecho ni la utilidad de la riqueza, y por tanto el valor de las dos ciencias que estudian estos dos importantes asuntos.

Compruébase también dicha tendencia en el modo de estimar el carácter de las soluciones dadas al problema social. Los jurisconsultos partiendo, de un lado, del estado ante-social, de la «idea del hombre aislado; que en el siglo XVIII se encuentra en todas partes; en la Metafísica, en el hombre-estatua de Condillac; en Moral, en el hombre egoísta de Helvecio; en Política, en el hombre salvaje de J. J. Rousseau» (2), y de un concepto abstracto y negativo del derecho; y, de otro, inspirándose en el espíritu unitario y de igualdad social del derecho de la Roma imperial, en odio al opuesto espíritu del feudalismo, destruyeron, con el apoyo eficaz de los economistas, aquella organización social, dejando sólo en pie, como ha dicho M. Renan, un gigante, el Estado, y millares de enanos. Ahora bien; en frente de este sentido vienen á colocarse á la vez conservadores y reformistas, partiendo de distintos puntos de vista y aspirando á fines á veces opuestos, pero conformes todos en afirmar que hemos llegado al *summum* de individualismo, y en reconocer la necesidad de organizar según un ideal, histórico según unos, racional según otros, la sociedad, para que sea un cuerpo vivo y orgánico y no una suma de átomos. Es excusado hacer notar esta tendencia en la escuela conservadora, puesto que desde el comienzo de la revolución protestó constantemente contra la obra de ésta. Pero si importa recordar aquí las aspiraciones de escritores completamente identificados con la civilización moderna. No es sólo M. Le Play, católico, conservador é individualista, el que en sus numerosas obras sobre la *reforma social* hace cargos á la revolución por el carácter desorganizador de su obra, sino que es M. Laveleye el que, sin temor á que le llamen *reaccionario*, como él mismo dice, afirma que la revolución francesa ha cometido la falta, cada día más manifiesta, de haber querido fundar la democracia destruyendo las únicas instituciones que podían hacerla viable: la provincia con sus libertades tradicionales, la *commune* con sus propiedades indivisas, los gremios, que unían

por un vínculo fraternal los obreros del mismo oficio, sin que pueda estimarse como sustitución bastante la creación de numerosas sociedades, pues algunas de ellas, como las anónimas, por ejemplo, son hoy un medio de asociar capitales, no á los hombres (1); es M. Renan (2) el que dice que el Código civil de la revolución parece hecho para un ciudadano ideal, *naissant enfant trouvé et mourant célibataire*, que hace imposible toda obra colectiva y perpetua, y que en él las unidades morales, que son las reales y verdaderas, se disuelven cada vez que muere un individuo (3); y es M. Lanfrey el que, al ver el estado de la familia, principalmente á consecuencia del sistema de legítimas (4), que casi en todas partes ha venido á sustituir á las antiguas vinculaciones, declara que una fuerte constitución de la familia es condición necesaria á una sociedad democrática que aspira á ser libre (5).

Pero aquí también debemos recordar la aspiración á *componer* el sentido nuevo con el antiguo, y no á destruir éste, como lo pretendía el socialismo no há muchos años. Puede decirse que la obra de la revolución hasta aquí consiste en la exaltación de la personalidad y en la destrucción del régimen social antiguo, cuya base y fundamento era el Estado. Pues bien, la igualdad de derecho y el reconocimiento de todos aquellos que garantizan las cualidades y propiedades esenciales de la naturaleza humana, son principios de que seguramente no reniega la época novísima, ni ésta aspira tampoco á restablecer las cosas al ser y estado que ántes tenían, convirtiendo de nuevo al Estado en rector casi exclusivo y universal de la vida; lo que sí desea es que en el seno de la *libertad*, afirmada por la revolución, rijan é imperen sobre la vida los principios racionales propios de todos los órdenes sociales como ántes hemos visto, imponiéndose á las conciencias por la fuerza de su verdad y el influjo de la acción social, no por la del Estado; y que éste, á la par que con tanto empeño reconoce todos esos derechos, cuyo fin es la personalidad, cuando se trata de los *individuos*, haga lo propio cuando se trata de las *personas sociales*; y no se atribuya el derecho á intervenir en su régimen interior, como cuando se sustituye al padre en la distribución de los bienes, ó somete á una reglamentación absurda al municipio ó la provincia; ni la facultad de dar vida ó muerte á las sociedades particulares por una ley ó decreto, como sucede con el sistema de la autorización administrativa; ni el poder de reconocer unos derechos y negar

(1) Laveleye: *De la propiedad y de sus formas primitivas*, p. 293.

(2) Baudrillart: *Manual de Economía*, pág. 16.

(1) Obra citada, pág. 268.

(2) Bien es verdad que este escritor ha ido tan allá á veces al censurar en sus últimas obras á la revolución, que M. P. Janet ha podido decir que el autor de la *Vida de Jesús* daba la mano al autor de *El Papa*.

(3) *Cuestiones contemporáneas*; prefacio.

(4) Que ha reducido la familia, como dice con razón M. Laveleye, á ser casi solamente una organización de la sucesión.

(5) *Historia de Napoleón I*, t. II, pág. 128.



ó mermar otros, como cuando limita el de adquirir de las asociaciones religiosas. Cuando estas garantías existan, será posible que espontánea y naturalmente, y aparte del auxilio que á este fin pueda prestar el Estado con carácter temporal é histórico, se produzca un movimiento de organizacion que, sin volver á los antiguos tiempos y sin abandonar el principio de libertad (1), afirmado hasta el presente por la revolucion, dé á la sociedad actual una constitucion que responda á la par á estos dos elementos que vienen luchando perpetuamente en la historia: lo individual y lo social, lo independiente y lo uno.

Nótase asimismo la tendencia que vamos examinando en el papel que ahora desempeñan la filosofía y la historia cuando se trata del problema social. Dominados por un espíritu puramente racional é idealista, filósofos, jurisconsultos y economistas, todos estaban conformes en desdeñar la historia y en negar que ni en lo pasado ni en lo actual se encontrara nada bueno y esencial, que debiera componerse y armonizarse con lo nuevo que se ideaba. Hoy, por el contrario, no son sólo los conservadores los que hacen valer la tradicion pugnando por traer á la vida el espíritu práctico é histórico, sino que los reformistas, desde los más meticulosos hasta los más atrevidos, acuden á las revelaciones y enseñanzas de la historia para mostrar en los pasados tiempos elementos de vida y organizacion, algunos de los cuales eran considerados como pura creacion de la fantasía de los utopistas.

Y no es maravilla que cambiaran los reformistas de armas y de campo, porque así han podido, sin que se arguyera á sus doctrinas de *irrealizables*, puesto que las muestran *realizadas*, venir á conclusiones análogas á las ántes rechazadas por utópicas. De esta suerte M. Le Play, huyendo con exagerado empeño de todo procedimiento especulativo y ateniéndose al de observacion, único que él admite, estudiando por tanto por sí mismo la organizacion social de casi todos los pueblos de Europa y América, y no encerrándose en su gabinete, puede defender en nombre de la tradicion la propiedad de la familia y del municipio, formas importantes de la propiedad colectiva, y la necesidad de *acheminer* al obrero á que sea dueño de su casa y hogar; puede hacer justicia á los dolores de los trabajadores, censurando que se haya sometido á las mismas reglas la regulacion del trabajo y del salario que el cambio de mercancías, y no ocultando la responsabilidad, que cabe en los conflictos producidos por el antagonismo social en los tiempos presentes, á las clases *directoras*, como él las llama, al olvidar sus deberes morales y al intentar imponer al error el silencio en vez de mostrarle la verdad; y

(1) *Le seul moyen de glorifier la revolution de 1789, est de la terminer.* Le Play; *Reforma social*; t. I, pág. 58.

puede, por último, pedir templanza al obrero, pero al mismo tiempo abnegacion al patrono, sentimiento de union y de solidaridad á ambos, y *neutralidad* á los gobernantes (1).

De esta suerte, M. Laveleye, al estudiar las formas primitivas de la propiedad, para llegar á conclusiones bien opuestas á las de M. Le Play, ha podido utilizar, para el logro de su propósito, el predominio en la historia de la propiedad colectiva sobre la individual, la relacion estrecha en que se presentan en la misma la condicion de las personas y la de la tierra; y llegar así, partiendo de los hechos, á la misma conclusion que ántes llegara M. Vacherot, partiendo de los principios (2); decir que los juristas y los economistas son los que, al destruir el derecho colectivo que existía, han arrojado en el suelo conmovido de nuestra sociedad las semillas del socialismo revolucionario y violento; ha podido, por último, hacer notar, que si el *quod ab omnibus, quod ubique, quod semper*, es una razon, estaría de parte de la propiedad colectiva (3); en todo caso, que evidentemente, léjos de ser la propiedad una cosa fija, ha cambiado adoptando las formas más diversas; y, finalmente, que el socialismo es una cosa antigua y producto de la historia (4), y no nuevo ni efecto de las predicaciones de los utopistas (5).

Y no deben extrañarnos estas enseñanzas y deducciones que los reformistas sacan de la historia, pues los conservadores, al estudiarla, formulan juicios y sientan, por consiguiente, principios que pasan sin ser notados, siendo así que causarían sorpresa, y en oca-

(1) *Organizacion del trabajo*; págs. 165, 185, 195, 490; la *Reforma social*; t. I, págs. 150, 219; t. II, págs. 8, 11, 258, 464; t. III, págs. 426, 557, 559, 549, 560, y en otros muchos pasajes de ambas obras.

(2) Esto es, que siendo la propiedad condicion para la libertad, todos han de ser propietarios de la tierra. Pero ambos escritores olvidan, como hacen otros con frecuencia, que «la posesion de la tierra no es más que uno de los medios de conservar la vida, y por lo tanto el que no puede adquirirla no queda privado por eso de los necesarios para cumplir su fin en el mundo.» *Ensayo sobre la historia de la propiedad territorial en España*, por D. Francisco de Cárdenas, obra que cita el mismo M. Laveleye en el prólogo de la suya, calificándola con justicia de excelente, pues para honra de nuestra patria bien puede ponerse al lado de las mejores que sobre este asunto se han publicado en los tiempos modernos, y tanto más estimable, cuanto que puede decirse que el señor Cárdenas es el primer historiador de la propiedad de España.

(3) Dice M. Campbell, citado por M. Laveleye, pág. 550: «Es preciso no olvidar que la propiedad territorial, transferible á voluntad y pasando de mano en mano como una mercancía, *no es una institucion antigua y sí una novedad que no existe aún en algunos países.*»

(4) A este propósito M. Laveleye copia un párrafo de un discurso pronunciado por D. Manuel Silvela en las Cortes (10 de Marzo de 1875), citado tambien por M. Cherbulier en la *Revista de dos mundos* (15 de Noviembre de 1875), en el que se dice que la idea socialista la hemos heredado del antiguo régimen y no es debida en modo alguno á las predicaciones modernas, ni á las promesas de los demagogos. El discurso leído por el Sr. Moret y Prendergast, al recibir la investidura de doctor, desarrollaba este mismo tema.

(5) Obra citada; págs. 524, 538, 550, 579 y 581.



siones escándalo, si fuera un filósofo teórico ó utopista quien los consignara. Así, sólo el hablar de *reforma de la propiedad* asusta á todos aquellos que, no contentos con atribuir á este derecho el respeto á todos debido, lo declaran *sagrado* (1) y superior hasta á aquellos que tienen por objeto garantizar condiciones y propiedades tan esenciales é íntimas como la vida, el honor, la libertad, la personalidad; elevan sobre él una como á manera de religión, convirtiendo su forma histórica presente en una especie de dogma, y la hacen inmóvil é inmutable. Pero si un historiador estudia las transformaciones de la propiedad, la cual, como ha dicho Lerminier, no es una entidad metafísica que no muda ni cambia, necesariamente ha de juzgar, así aquellas formas inspiradas por un principio individualista, como las que son aplicación de un principio social y las que son combinación de estos dos elementos, y de estos juicios ha de resultar un criterio, según el cual se ha de reformar lo que con él no esté de acuerdo; y aún puede suceder, por ejemplo, que estimando base fundamental de la sociedad la desigualdad de fortuna, crea que, debiendo el legislador «dictar sus mandatos de acuerdo con aquel hecho necesario y primitivo, en vez de procurar la nivelación de fortunas, como ideal de su obra, ha de respetar su desigualdad ó *tender, cuando más y siempre por medios indirectos, si es posible, á que desaparezcan con el tiempo las grandes desigualdades, que por su enormidad puedan ser peligrosas* (2)» donde si bien con mucho miramiento y numerosas atenuaciones condicionales, se admite la posibilidad, justicia y conveniencia de reformar en ciertos casos la propiedad (3). De igual modo, siempre que los socialistas, sacando las consecuencias lógicas del principio sentado por Adam Smith y otros economistas, han hablado de los derechos que el trabajo confería sobre la tierra, causó escándalo semejante doctrina; y sin embargo, un distinguido escritor español, que no es seguramente utopista ni soñador, ha escrito,

(1) *Sacratísimo* le llama el Sr. Alonso Martínez en uno de los artículos que sobre esta materia está publicando en la *Revista de España*. Cuando uno ve esta y otras exageraciones de parte de los que llevan la voz en nombre de las clases conservadoras, ó de las clases ricas, que no es lo mismo, viene á la memoria la duda que asaltaba al espíritu de M. Le Play, de este escritor cuyos principios fundamentales proponía el Conde de Montalembert como programa á sus correligionarios, y de quien decía M. Sainte-Beuve que era un Bonald *rajeuni, progresif et scientifique*, cuando escribía: «al estudiar los diversos elementos de la organización social, me he preguntado con frecuencia, sin resolver la cuestión, si las crisis periódicas que arruinan nuestro país *deben ser atribuidas á los conservadores obstinados que no ven el mal ó á los innovadores imprudentes que reclaman remedios peligrosos.*» *La Reforma social*; t. II, pág. 219.

(2) Obra citada del Sr. Cárdenas; pág. 126.

(3) Ya no parecerá tan extraño, por ejemplo, que M. J. Bright llamara la atención de sus oyentes, en un discurso pronunciado en Birmingham el 27 de Agosto de 1866, sobre el hecho de estar la mitad del suelo de Inglaterra en manos de ciento cincuenta individuos, y la mitad del de Escocia en poder de diez ó doce personas.

hablando de los labradores vascongados, que «el aldeano, lejos de apesarse de que sus mayores beneficiasen la casería y heredad ajena, ve en estas mejoras la prenda de su seguridad, el *lazo indisoluble* que le une al terreno, el *derecho*, en fin, *que le constituye en dueño de la finca*, haciendo imposible el deshaucio para él y para sus hijos; imposible, pues, si un dueño avariento y cruel lo pretendiera, aparte de las reclamaciones pecuniarias, se vería condenado por la opinión del país y abrumado bajo el peso de la pública execración» (1). Hé aquí una doctrina que no aceptarán seguramente ningun economista, ni ningun legislador de los partidarios del *jus utendi et abutendi* (2). Y otro escritor, también español, no ménos distinguido que el anterior y más conservador que él, dice: «pero como el trabajo constituye sobre la materia *una especie de derecho, que es título moral de dominio*, y la agricultura no prospera sin la seguridad y estabilidad del cultivador en la posesión de sus tierras, los beneficiados tendían constantemente á ampliar y asegurar sus precarios derechos» (3). Ni ¿cómo este mismo ilustre jurisconsulto ha de juzgar de igual modo las aspiraciones del proletariado de hoy, por irracionales que puedan ser, y lo son con frecuencia, que aquellos escritores consagrados á excitar en las clases conservadoras los instintos egoístas, como los demagogos excitan en las masas otras malas pasiones, si él ha encontrado que el «lento progreso del derecho y de la libertad del colono, á costa de la autoridad y del derecho del señor, es lo que constituye á la vez la historia de la propiedad y de las clases sociales durante la Edad Media?» (4).

¿Sabrá también en este punto la época actual armonizar el sentido histórico y práctico con el teórico y especulativo? La verdad es que así como se nota la tendencia á prescindir de las utopías (5), no há mucho tiempo tan numerosas, apenas hay escritor, cualquiera que sean sus propósitos y aspiraciones, que intente restablecer en fondo y forma las instituciones y sistemas de organización de los tiempos pasados. Lo que se desea por todos los que buscan enseñanza en el pasado con uno ú otro intento, es hacer ver cómo en la historia se encuentra constantemente ese elemento

(1) *Fomento de la población rural*, por D. Fermín Caballero, pág. 31.

(2) Según suele entenderse, y no como lo entendieron quizás los redactores de las *Siete Partidas*, que con profundo sentido dijeron: Señorío es poder que ome há en su cosa de facer della, é en ella lo que quisiere, según Dios, é según fuero.

(3) Obra citada del Sr. Cárdenas; pág. 62.

(4) *Idem*, pág. 313.

(5) En el último Congreso celebrado por la *Internacional*, aparecieron los obreros divididos en dos grupos: uno el de los municipalistas ó *comunists*, representado por M. César Paepe, pretende hacer arrancar las reformas de lo *existente*; el otro, el de los anarquistas, representado por M. Schevitzguebel, propone no dejar piedra sobre piedra de lo actual.



comun y social, que nunca aparece tan subordinado como en los tiempos presentes al elemento particular é individual, y por tanto la necesidad de componer y armonizar estos dos principios que corresponden á dos cualidades esenciales del hombre, sér á la par social y libre. Si á otra cosa aspiraran los que quieren que la historia contribuya á la solucion del problema social; si este regreso á la consideracion del camino recorrido por la humanidad envolviera el abandono de los principios y la negacion del ideal, la sociedad entraría por una senda no ménos peligrosa que la ántes seguida á impulsos de las teorías abstractas y utópicas. No basta la constante reproduccion de un hecho para erigirlo sin más en ley de la vida: siempre queda por distinguir el fondo y la forma, lo que tiene de esencial y permanente de lo que es efecto de las circunstancias en que se produce y manifestacion del espíritu y de la índole de la época en que se verifica; de otro modo vendríamos á parar, por ejemplo, en que si las cuestiones entre ricos y pobres se resolvieron á sangre y fuego en Grecia y Roma, de igual forma han de resolverse en los tiempos presentes; de que si la historia nos muestra unas clases supeditadas á otras clases, había de reproducirse hoy lo mismo, sin más que cambiar de papeles dominadores y dominados.

Resumiendo lo expuesto sobre esta tendencia general á corregir y completar el sentido con que ántes se estimara la extension y carácter del problema social, podemos decir que en suma es el punto de vista desde el cual se estudia hoy esta cuestion, más ámplio y comprensivo que aquel desde el cual ántes se considerara. No se desconoce la parte importante que toca en la solucion al Derecho y á la Economía política (1), sino que se afirma que al lado de ellas, y aún sobre ellas, la Ciencia, la Moral y la Religion tienen que contribuir al mismo fin; no se desconoce el valor y trascendencia de la obra llevada á cabo por jurisconsultos y economistas, exaltando la personalidad individual y destruyendo la organizacion social que descansaba en el Estado, absoluto regulador de la vida toda, sino que se afirma que la constitucion atomística, que se ha originado naturalmente de la demolicion de la antigua, ha de ser sustituida por otra, pero producida á impulsos del movimiento libre de la sociedad, protegido y amparado tan sólo por el Estado; no se desconoce, por último, la eficacia de los principios, ni tampoco que el ideal de la humanidad está en el porvenir y no en el pasado, sino que se afirman aquellas leyes eternas de la historia, segun las cuales lo que se produce en la vida tiene algo de esencial y no es un puro accidente sin valor, habiendo de servir, por tanto, lo pasado de

(1) En la última sesion celebrada recientemente en Glasgow por la Sociedad de ciencias sociales, Lord Rosseberry, Sir George Campbell y el doctor Playfair reconocieron que la pura Economía política no puede por sí resolver las dificultades ó problemas políticos y sociales.

enseñanza y lo existente de punto de partida, para emprender por nuevos caminos, siendo el cuerpo en que han de encarnar las nuevas ideas, el legado que la época anterior deja á la siguiente, la cual no tiené derecho á destruirlo, aunque sí el de *modificar su forma y alterar su fondo* (1).

GUMERSINDO DE AZCÁRATE.

## EXÁMEN DEL MATERIALISMO MODERNO.

### III. \*

HAECKEL.

Generalizando el principio de la seleccion, Haeckel ha creado la hipótesis de la evolucion universal, y, á fuer de materialista consecuente, afirma que no hay más que una sola sustancia sometida á leyes que le son inherentes, y que, lo que se llama materia orgánica, no es sino una agrupacion molecular análoga á la que da origen á las cristalizaciones que se nos presentan en el mundo mineral ó inorgánico. Tal es la base de la obra que comprende la totalidad de su sistema, á la que ha dado Haeckel el significativo y pretencioso nombre de *Historia de la creacion segun las leyes naturales*: partiendo de dicha hipótesis, y admitiendo contra los principios fundamentales del empirismo, que toda escuela materialista profesa una tendencia universal á la perfeccion y al progreso, que aquí ni se explica ni se funda en razón alguna, afirma Haeckel que las clasificaciones de todos los séres deben ser verdaderas genealogías.

Para ser justos, debemos decir que Haeckel no ha hecho más que dar forma nueva á conceptos que de antiguo eran conocidos y que en los tiempos modernos han aparecido, ya en forma general, ya aplicados á determinadas especialidades científicas. Por una parte, los físicos ingleses han preparado el terreno á la teoría de la evolucion universal, estudiando la equivalencia de las fuerzas físicas, sobre cuya materia escribió Grove una obra que es el fundamento de la física moderna; él famoso astrónomo Secchi va todavía más léjos, pues afirma la unidad de dichas fuerzas, y en la obra que ha escrito sobre este asunto dice: «El resultado más importante de nuestro análisis se puede formular en algunas líneas. Todas las

(1) «La generacion madura traspasa á la joven generacion este cúmulo de entidades, con la forma que en el curso de su vida al manejarlas les ha impreso, y con la huella de esta forma que ha penetrado hasta el fondo. Pero la generacion joven, que si está dotada de receptividad y docilidad, está dotada tambien de espontaneidad y originalidad, al recibir este caudal, modifica á su vez la forma y altera á su vez el fondo. El acto de la generacion que se va, es lo que más usualmente llamamos *tradicion*; el acto de la generacion que se queda, es lo que llamamos *progreso*.» Discurso leído en la Academia de Jurisprudencia y Legislacion el dia 2 de Enero de 1869 por D. Antonio de los Rios y Rosas.

Véanse los números 40, 41 y 45, páginas 129, 161 y 225.



»tendencias abstractas, las cualidades ocultas de los  
 »cuerpos, los numerosos flúidos imaginados hasta aquí  
 »con el propósito de explicar los agentes físicos, de-  
 »ben ser desterrados del dominio de la ciencia, *porque*  
 »*todas las fuerzas del universo dependen del movi-*  
 »*miento.*» El P. Secchi, no obstante su ortodoxia, ad-  
 mite explícitamente la doctrina evolucionista, pues si  
 las fuerzas físicas forman una unidad, mejor dicho, si  
 no hay más que una fuerza, y si sólo existe una ma-  
 teria, la inmensa variedad de objetos que nos ofrece la  
 naturaleza son metamorfosis ó meros aspectos de una  
 sola y sustancial realidad, y esto viene á decir el sabio  
 astrónomo en los siguientes términos: «Una sencilla  
 »mirada dirigida á los resultados obtenidos mediante  
 »esfuerzos renovados sin cesar, nos muestra que todo  
 »se liga en la naturaleza, y que *los fenómenos del*  
 »*universo son innumerables anillos de una cadena*  
 »*única.*»

Estudiando más especialmente los fenómenos vita-  
 les, Moleschot llega á conclusiones muy análogas en  
 sus cartas sobre *la circulación de la vida*, que no es  
 para este sabio más que el movimiento de la materia  
 que produce la union y la desunion de los átomos, ó  
 lo que es lo mismo, la composicion y la descomposi-  
 cion. «La materia, dice, se desarrolla sin saltos en los  
 »dos sentidos; los cuerpos más elementales, experi-  
 »mentando una pérdida gradual de oxígeno, se con-  
 »vierten en cuerpos organizados; y produce el oxígeno  
 »después en ellos una descomposicion completa, si-  
 »guiendo una evolucion tan constante como la que  
 »ocasiona la composicion. Tenemos pruebas tan segu-  
 »ras de estas verdades, que una profesion de fe ma-  
 »terialista no sé puede, en los actuales momentos,  
 »considerar ni como un presentimiento de grande im-  
 »portancia, ni como una profecía atrevida, sino como  
 »efecto de una conviccion profunda y arraigada.»

Esta profesion de fe materialista, en el sentido más  
 absoluto é intransigente, la ha hecho Buchner en el  
 libro titulado *Fuerza y materia*, cosas que considera  
 inherentes y como una sola, cuyas modificaciones  
 producen todo lo que existe, no sólo el universo mate-  
 rial sino los fenómenos psíquicos y sociales.

Con tales precedentes y con otros muchos análogos,  
 y fundándose en ellos, establece Haeckel su teoría de  
 la evolucion universal que, por lo nuevo del nombre,  
 por servirle de principal materia la vida y por ser la  
 generalizacion de las doctrinas de Darwin, llama hoy  
 tan profundamente la atencion de los aficionados á los  
 estudios científicos.

Para Haeckel y sus partidarios, el universo entero,  
 los fenómenos que lo constituyen, pues el mundo no  
 es para los empíricos más que un conjunto de fenó-  
 menos; el universo entero, repito, está formado de  
 las series, inmensas en su extension, que en todas di-  
 recciones forman las metamorfosis de la materia, que  
 desde el estado amorfo en que existe en la nebulosa

llega á través de infinitas modificaciones hasta pro-  
 ducir el hombre, á quien todavía conceden los trasfor-  
 mistas el ser el tipo más perfecto de la creacion orgá-  
 nica, sin que se diferencie mucho por otra parte, segun  
 ha pretendido demostrar Huxley, de los antropóideos,  
 nombre dado á los monos por estos sabios, que supo-  
 nen que nosotros somos descendientes inmediatos de  
 los simios.

Haeckel, á fuer de alemán, restituye á Kant la pro-  
 piedad de la teoría de la formacion del universo, ó  
 más propiamente del sistema solar, que los franceses  
 atribuyen exclusivamente á La Place, llegando en la  
 evolucion de la materia con el astrónomo frances  
 hasta el momento de la formacion del agua, cuando  
 la tierra se enfrió lo necesario para la condensa-  
 cion de los vapores que ántes formaban la densísima  
 atmósfera de nuestro planeta. La existencia del  
 agua, que había de coincidir con cierto grado de  
 solidez en la corteza de la tierra, hace posible la  
 organizacion; y la organizacion no es para Haeckel un  
 nuevo hecho, sino una mera forma de agregacion de  
 la materia; agregacion mecánica en cuya virtud los  
 cuerpos organizados reúnen en sí los tres estados,  
 sólido, líquido y gaseoso, que pueden tener los cuer-  
 pos inorgánicos; y agregacion química mediante la  
 cual la union del oxígeno, del hidrógeno y del car-  
 bono, y alguna vez del ázoe, produce la forma mu-  
 cilaginosa ó albuminosa. Segun Haeckel, una de las  
 grandes victorias de la biología moderna y especial-  
 mente de la histología, es haber reducido á ciertos  
 elementos materiales el milagro de los fenómenos de  
 la vida, y *haber demostrado que las propiedades*  
*físicas y químicas, infinitamente variadas y comple-*  
*jas de los cuerpos albuminoides, son las causas esen-*  
*ciales de los fenómenos orgánicos ó vitales.*

Por lo demás, un organismo se forma del mismo  
 modo que un cristal inorgánico. Cuando se evapera  
 una disolucion salina inorgánica, dice Haeckel, se  
 forman en ella cristales de sal que crecen á medida  
 que el agua se desprende, y este crecimiento consiste  
 en que van solidificándose y adhiriéndose al cristal  
 nuevas moléculas. El crecimiento de los organismos  
 se verifica también por la agregacion de nuevas mo-  
 léculas; la diferencia entre ambos modos de crecer  
 consiste en que las nuevas moléculas penetran en el  
 interior del organismo, y en los cuerpos inorgánicos  
 se quedan en la superficie; pero, segun este naturalista  
 intenta demostrar en su tratado de morfología gene-  
 ral, no hay ninguna diferencia importante ni de for-  
 ma, ni de estructura, ni de materia, ni de fuerza  
 entre los cuerpos orgánicos y los inorgánicos, y las  
 únicas que efectivamente existen proceden de la na-  
 turaleza especial del carbono, sin que haya entre am-  
 bas especies de cuerpos ningun abismo, ninguna divi-  
 sion absoluta.

Por lo tanto, al llegar la tierra al período lauren-



ciano, la solidez relativa de la corteza del planeta y el estado líquido del agua, hacen que la materia, que hasta entonces sólo había dado origen á cristales, produzca organismos sin órganos; esto es, masas de materia albuminosa tan homogénea como la de los cristales inorgánicos, organismos análogos á los que ahora existen y se denominan *protamibos* y *protomycetos*, que sólo se diferencian de los cristales en la nutrición y la reproducción. Estos organismos no son todavía células, pues carecen de membrana y de núcleo, por lo cual Haeckel afirma que las células provienen de las *moneras*, cuya masa gelatinosa produce por concentración la película externa y el núcleo. Una vez formada la célula primitiva, los organismos superiores proceden de ella, pues este elemento orgánico se reproduce por segmentación. Resulta, pues, que la monera, agregado de materia análogo al cristal, es la raíz del árbol genealógico que forman todos los seres orgánicos, así animales como vegetales.

Estos dos reinos, que hasta ahora se habían creído distintos aunque difíciles de distinguir en sus especies más sencillas, están confundidos formando una especie de reino neutral é indeterminado, llamado de los *protistos*, dividido en ocho clases, cuyos nombres omito por lo peregrinos, y porque no aclararían esta exposición. Lo que conviene decir es que, según esta teoría transformista y monogenética, de los protistos se deducen por generación los animales y los vegetales, sin que se nos diga por qué ni en virtud de qué causas; pero, pasando por alto ahora esta importantísima omisión de que luego me haré cargo, de los protistos vegetales ó protófitos salen los algas y los hongos, los líquenes, los musgos, los helechos, y por último las plantas fanerogamas ó vasculares, monocotiledóneas y dicotiledóneas, hasta llegar en éstas á las familias que representan el organismo vegetal en su mayor grado de complicación; de los protistos animales ó protozarios se derivan y descienden los zoófitos y los gusanos, y de éstos, con cierto paralelismo, los moluscos, los equinodermos y, por último, los vertebrados hasta llegar al hombre.

Pretenden los transformistas confirmar esta teoría con los hechos que les suministra la embriología y con los que creen descubrir en la paleontología. En efecto, todos los seres orgánicos empiezan por una célula que se multiplica por segmentación, esto es, dividiéndose y dando lugar á nuevas células, que se desarrollan absorbiendo la materia que las rodea, dividiéndose á su vez y formando grupos, que son el punto de partida de los diferentes órganos. En los animales superiores estos grupos de célula son tres, unidos entre sí, y de ellos nacen los complicados aparatos que forman el organismo del mamífero más perfecto, esto es, del hombre. El embrión va diferenciándose en el período de su desarrollo hasta constituir un ser análogo á aquel de que procede; en el primer momento es una

simple célula como las que constituyen todos los organismos, y el germen de los animales superiores atraviesa en su desarrollo todos los estados y formas de los animales inferiores, siendo imposible distinguir al principio el embrión de las diferentes familias de los vertebrados que se va diferenciando y determinando á medida que se desarrolla.

Además de esta sucesión embriológica, como ya he dicho, fundan su doctrina los monogenistas ó partidarios de la evolución en la sucesión que llamaré geológica: según ellos, en la formación laurenciana aparece el organismo más sencillo de todos los fósiles que corresponde al reino de los protistos y á que se ha dado el nombre de *oozoon canadiensis*. En los terrenos superiores, que constituyen la formación cambriana, se encuentran grandes algas, crustáceos y vertebrados acranianos; en la siluriana superior se ven ya algunos peces. Estas tres formaciones geológicas constituyen el primer ciclo del organismo y le llama Haeckel edad arqueolítica ó primordial; el segundo ciclo, á que denomina edad paleolítica ó primaria, se compone de las formaciones devoniana, carbonífera y permiana, que es la época de los peces y de los helechos.

El tercer ciclo es la edad mesolítica ó secundaria, y se compone de las formaciones triásica, jurásica y cretácea; es la época de las coníferas y de los reptiles. El cuarto ciclo es la edad genolítica ó terciaria, constituida por los terrenos eoceno, mioceno y plioceno, y es la época de los árboles de hojas caedizas y de los mamíferos; por último, el quinto ciclo, llamado edad antropolítica ó cuaternaria, comprende el período glaciario, el postglaciario y el de la civilización, siendo la época de las plantas cultivadas y del hombre.

Estas series formadas con tan notable artificio, demuestran, contra la voluntad de su autor, la falsedad de su hipótesis monística ó transformista; no basta decir que no existe entre la materia inorgánica y la orgánica ningún abismo infranqueable, pues se tiene que reconocer y confesar lo contrario, y el mismo Haeckel declara que los cristales, que son los cuerpos inorgánicos más perfectos, crecen por juxta-posición, mientras que los organismos elementales, las moneras ó masas albuminoides, se desarrollan por intuscepción; además ¿cómo un escritor que ha consagrado una obra especial al estudio de la forma en general, á que hace tanto tiempo han dado los naturalistas gran importancia, deja de notar que mientras en el mundo inorgánico las formas están determinadas por líneas rectas, en el orgánico lo están por las curvas y principalmente por el círculo, que es la línea de la razón, la línea infinita, al paso que la recta es la línea del entendimiento, la línea finita y mecánica? Por otra parte, si las propiedades del organismo dependen de las de la albúmina y éstas de las del carbono, ¿en qué consiste que dichas propiedades sean especiales y distin-



tas de las de los cuerpos inorgánicos, aunque en ellos exista también el carbono; como existe en tantos y tantos minerales?

Por lo que se refiere á la serie que forman los embriones de los diferentes organismos, partiendo de los más sencillos á los más complicados, paralela á la que se puede considerar formada por los diferentes períodos del desarrollo del gérmen de cada sér, á que llama Haeckel ontogenia, basta sólo para probar su ineficacia, como fundamento de la doctrina monística, considerar que en la segunda serie, es decir, en la formada por los diferentes períodos del desarrollo del gérmen de un solo sér, esto es, en la serie ontogenética, no se da nunca el caso de que el embrión de un animal inferior produzca otro superior y que engendre, por ejemplo, un caballo un león, ni tampoco lo contrario; esto es, que un tigre dé origen á una liebre. Lo cual prueba, que á pesar de la aparente igualdad de los gérmenes, cuando sólo son una célula ó un compuesto de células, hay algo en ellos que determina y produce su ulterior desarrollo, y este algo es la idea, que comprende no sólo el elemento inmediato, y, por decirlo así, abstracto del organismo; la célula, ó si se quiere el protoplasma, sino las determinaciones que son propias y características de cada tipo.

Además, es de ver cómo los trasformistas desconocen ó precinden de las cosas más importantes que se refieren al organismo, y especialmente de las diferencias y relaciones que existen, y no pueden menos de existir entre el reino vegetal y el reino animal; satisfechos con haber creado el reino neutral de los protistas, nada dicen acerca del papel que unos y otros organismos hacen en la naturaleza, ni indican por qué razón el desenvolvimiento progresivo de la monera llega por un lado, según ellos, á producir el hombre, y por el otro á crear el árbol más desarrollado y perfecto; y si una sola materia y unas mismas propiedades fueran origen de cuanto existe, no se podría explicar esta dualidad del mundo orgánico.

Pero vengamos al exámen de la serie paleontológica que se alega como confirmación de la doctrina evolutiva, y veremos que lejos de serlo la desmiente de tal y tan evidente manera; que no obstante el inmenso número, no de años, sino de siglos, que ha trascurrido desde la edad primordial ó arqueolítica á la cuaternaria ó antropolítica, en una y otra coexisten las moneras y los vertebrados y las plantas fanerogamas, esto es, los dos extremos del mundo orgánico. Todo esto tiene su explicación verdadera, que no es la que los trasformistas suponen, y que consiste en que la naturaleza es un sistema comprendido en el sistema absoluto ó de la idea; y las partes que constituyen aquella no forman ni un proceso cronológico, ni un proceso de lo simple á lo compuesto, sino un proceso real y concreto, un conjunto de condiciones para que aparezca en la naturaleza el espíritu, á cuyo fin la idea

pone el mundo astronómico, el físico, el químico y el orgánico.

El hombre, pues, es el fin de la creación, y si considerada nuestra especie como mero organismo, no es sólo una suposición gratuita, sino un verdadero absurdo afirmar que somos hijos naturales, herederos legítimos de un cuadrumano distinto, pero muy análogo al orangutan, al chipancí ó á gorrilla, animal que nadie ha visto pero á quien Haeckel ha puesto el nombre de Pitecantropo. ¿Qué diremos de lo que es peculiar y característico de nuestra especie del espíritu, imagen de la divinidad que Dios puso en nosotros, y que es la idea que tiene conciencia de sí, la cual tratan de explicar los trasformistas como una mera propiedad de la materia? Ya veremos cómo salen con su intento, apenas confesado ántes por Darwin, pero acometido con despreocupación notable por sus discípulos, á los cuales ha tenido que seguir el maestro, confesando que ántes le habían detenido ciertas consideraciones de bien parecer, pero en su libro sobre la descendencia del hombre, y en otro que tira á demostrar que la palabra humana es resultado de la evolución del gesto y del grito de los animales, está conforme en el fondo con los más exagerados trasformistas y asiente á las conclusiones de Huxley, de Haeckel y de Smidt, que siguen por cierto con gran fidelidad, aunque otra cosa pretendan, las ideas y conceptos de los sensualistas del pasado siglo.

Este género de dificultades no detienen á los trasformistas, que, olvidándose por completo de que, según ellos, no debe admitirse en la ciencia nada que no resulte de la observación y de la experiencia, construyen á su antojo el árbol genealógico del hombre. Haeckel nos le da hecho, formando una serie ó cadena compuesta de veintidos grados ó eslabones, que se divide en dos partes desiguales, la una compuesta de los antepasados invertebrados, y la otra de los progenitores vertebrados del hombre. El primer grado es la *monera* distinta de las actuales, pero análoga á ellas y constituida por una masa de protoplasma; el segundo una *ameba* ó *emiba*, organismo monocelular, como la *amiba* vulgar que hoy existe; al tercero le ha dado Haeckel el nombre de *sinamiba* para indicar que es un sér compuesto de varias células procedentes de la segmentación de la primera, y corresponde este organismo al segundo estado del desarrollo del gérmen, no habiendo en la naturaleza ningún sér que en la actualidad lo represente, y siendo por tanto un supuesto gratuito la afirmación de que haya existido en alguno de los anteriores períodos geológicos. El cuarto grado lo forma el organismo llamado *planeades*, que es una especie de larva ciliada; pero es de advertir que el gérmen humano en su evolución no presenta esta forma, y Haeckel, para llenar esta laguna de la ontogenia humana, la toma del desarrollo del *anfioxus*, como pudiera de cualquier otro animal; es decir, ar-



bitraria y caprichosamente. El quinto grado está conformado por la gastreades, momento que tampoco aparece en el desarrollo del germen humano, y que toma para su propósito del del *anphioxus* el autor de esta serie. El sexto grado supone Haeckel que es la *turbelaria*, no por otra razón, sino porque en su genealogía universal el tipo de las turbelarias actuales, no sólo está considerado como la raíz y origen de todos los gusanos, sino también de los cuatro tipos zoológicos superiores. El séptimo grado de esta cadena de antepasados del hombre son los *Scolecidos*, y aunque no se puede determinar cuál de ellos sea aquél de que descendemos por línea recta, cree Haeckel que debía ser análogo al *Balanoglossus* actual. El grado octavo pertenece á los gusanos sacciformes, porque de ellos se derivan los vertebrados, al decir de los monitas, que llenan con ellos el enorme abismo que separa los animales invertebrados de los que tienen vértebras.

En el eslabon ó grado nono de la serie empieza la segunda seccion de las dos en que, como he dicho, se divide la serie fantástica de nuestros antepasados que, por lo que se ve y se ha de ver, no tienen nada de ilustres; este grado noveno lo forman los animales *acranianos*, es decir, sin cabeza, hoy representados por el *anphioxus lanceolatus*. El décimo grado lo forman los animales monorrinos, hoy representados por las lampreas y otros peces cartilaginosos. El oncenno grado lo forman los *selacianos*, que ya tienen la nariz dividida, y que siendo análogos á los actuales *squalos*, alcanzaron la honra de contar entre sus sucesores al hombre. El duodécimo grado lo forman los *dipneustos*, y el que supone Haeckel que fué nuestro antepasado debía ser parecido á los actuales *Ceratodus* ó *Protopterus*. El grado decimotercero es el de los *Sozobranchios*, los cuales son los más antiguos de nuestros antepasados anfibios, que debieron vivir hácia la mitad de la edad paleolítica, y de los que se derivó el grado décimo cuarto, que está formado de los *Sozuros*, anfibios que perdían por metamorfosis las agallas al llegar á la edad adulta, como pasa con las ranas que hoy viven.

El grado decimoquinto es, como los anteriores, un mero nombre inventado por Haeckel para completar y arreglar su arbitraria serie, y á los animales imaginarios que lo constituyen les da el nombre de *Protomniatos*, por suponerlos raíz y origen de las tres clases de vertebrados superiores, y se supone *ad libitum*, que debieron vivir en la edad mesolítica ó secundaria: de ellos, como se han inventado para eso, ha sido fácil derivar el decimosexto grado de esta serie de nuestros abuelos, y se les ha dado el nombre de *Promamalianos*, justificando la creacion de este grado con la existencia actual del *ornitorinco* y otros animales análogos.

Ya para el grado decimoséptimo se ha podido echar mano de los marsupiales, y de uno de éstos, que

debió vivir en el periodo jurasico segun Haeckel, se derivaron los *prosimianos*, que forman el grado diez y ocho, los cuales, segun Haeckel, son los mamíferos más interesantes, porque entre ellos estaban los verdaderos antepasados de los monos y del hombre, y debían parecerse á los makis; de esta clase de animales salieron los *menocercos* que forman el grado decimonono de nuestro árbol genealógico, que está compuesto de *monos catarrinos*, que todavía conservaron el rabo ó cola, si bien ya habían modificado su dentadura y convertido sus garras en uñas; de estos monos salieron los antropóideos que forman el grado vigésimo de la serie, los cuales aparecerían en el periodo myoceno, y de uno de ellos, parecido al *gibon*, al *orang-gutan* ó al *gorilla*, procedió el animal completamente *fantástico*, de que ya he hablado, que forma el grado veintiuno y á que ha dado Haeckel el nombre de *Pitecantropo*; es decir, *hombre-mono* que todavía no poseía la palabra, signo característico de nuestra especie, último eslabon de esta cadena. Pero la palabra no es una cosa especial y *sui generis*, sino una perfeccion del grito que se ha conseguido por medio de la modificacion de la laringe que ha producido luégo cuando ya ha podido articular el sonido, desarrollos de la masa encefálica, que han favorecido el progreso de la inteligencia hasta el punto que hoy la posee el hombre.

No hay necesidad de detenerse mucho para demostrar lo arbitrario, lo verdaderamente anticientífico de esta serie de nuestros antepasados, compuesta de seres fantásticos, y que se suponen parecidos á animales hoy existentes, y creados otros por la imaginacion de Haeckel ex profeso, fuera de toda especie de analogía, para salir con su sistema adelante, lo cual es fácil cuando se prescinde de la realidad; pero entonces la ciencia se convierte en el delirio de un calenturiento, pues lo real y lo racional deben ser y son una misma y sola cosa, y cuando esto no sucede es porque nos apartamos de la idea y de sus determinaciones, las cuales son y comprenden la existencia y el conocimiento.

Una vez producido el hombre por esa serie de transformaciones de la materia, que empieza en la nebulosa, abordan los trasformistas los problemas que ofrece nuestra especie, y el primero de todos los que examinan es el ya famoso, que consiste en determinar si todos los hombres proceden ó no de una sola pareja; á pesar de que su sistema debiera ser poligenista, Haeckel se inclina á creer que toda nuestra familia procede del hombre-mono, por él imaginado, que debió aparecer en un continente hoy sumergido, que ponía en comunicacion el Asia, la Oceanía, el Africa y la América. Este hombre-mono, que, como se ha dicho, no poseía todavía la palabra, se extendió por todos los continentes ántes de hablar, por lo cual son irreductibles los idiomas que se conocen; y, diversificándose el



tipo humano, ha dado origen á las variedades hoy existentes que forman, segun Haeckel, seguido en esta parte por el filólogo Federico Muller, dos especies distintas. Por lo tanto, la humanidad es para estos sabios un género zoológico de la familia de los antropóideos, para cuya afirmacion aducen los trabajos anatómicos de Huxley, de Broca y de otros naturalistas, y las teorías filológicas del mismo Muller. Estas dos especies se caracterizan, la una por tener la cabellera lanosa y la otra por tenerla lisa. La especie de cabellera lanosa se subdivide en una seccion que la tiene dividida en tufos, colocados como los haces de cerdas de un cepillo, y á ella corresponden los *Papues* y los *Otentotes*; y en otra, cuyos cabellos forman un vellon, y está constituida por los Negros de Africa y por los Cafres. La especie caracterizada por la cabellera lisa se subdivide en hombres de cabellos rígidos y hombres de cabellera más ó ménos ondeada: los primeros forman las razas de Oceanía, que habitan la Australia, las costas del Océano Artico y la América, y las razas del Asia oriental, que son los Malayos y los Mogoles. Los hombres de cabellos ondeados son los del interior de los continentes, los de la Nubia y los de la costa del Mediterráneo, que comprenden cuatro tipos lingüísticos: los vascos, los caucasianos, los semitas y los indo-europeos.

Lo arbitrario de esta clasificacion del género humano es tan evidente, que basta una atencion superficial para conocerlo. En primer lugar, si se admite la idea de especie tal cual la explican los naturalistas que se han dedicado á las clasificaciones ó sea á la taxonomía, la humanidad forma una sola especie como lo prueba la fecundidad indefinida de los cruzamientos, la cual es de tal índole, que los mismos etnólogos trasformistas reconocen que, á partir del siglo XVI, la confusion y mezcla de las razas va creciendo de modo que dificultan, si no hacen imposible, cualquier clasificacion. Pero este fenómeno de las mezclas de razas es muy antiguo, y desde el origen de la historia se han verificado sucesivas emigraciones y conquistas que han producido ese resultado; por lo cual, á mi parecer, lo que se puede asegurar respecto de este punto, es que la humanidad, término superior del desarrollo sistemático de la naturaleza y manifestacion en ella del espíritu, tiene unidad real é ideal, y por tanto que contiene en su seno la variedad producida por su necesidad interna, determinada por el medio geográfico y por el medio social para formar el organismo humano, que comprende toda nuestra especie en su existencia terrestre.

Ya hemos visto que en la clasificacion de Haeckel y Muller, aunque el cabello es el carácter diferencial del género humano, los idiomas se tienen en cuenta para formar las últimas divisiones, aunque éstos constituyen una dificultad insuperable para los materialistas de todas las épocas, quienes por lo mismo han puesto el

mayor empeño en explicar la creacion del lenguaje; á este fin han afirmado que ese atributo peculiar del hombre es mero resultado de su organizacion, y atribuyen á los animales más elevados la facultad de expresar sus afectos, llamando lenguaje natural á las actitudes y gritos que son los signos exteriores de aquellos, y lenguaje artificial á la palabra.

No podían los trasformistas modernos dejar de seguir en esta materia las huellas de sus predecesores, y como ya he dicho, Darwin, jefe de la secta, ha tratado esta grave cuestion en un libro dedicado á ella exclusivamente. Con arreglo á los principios de la concurrencia vital, de la seleccion y de la herencia que ya hemos visto obrando toda la diferenciacion y todo el progreso del mundo orgánico, el gesto ó grito que expresa las pasiones del animal y le reporta alguna utilidad, ya porque cause temor á sus enemigos, ya porque le procure el auxilio de los de su especie, ya porque le facilite el ejercicio de las funciones de reproduccion, se repite en circunstancias análogas á las que por primera vez lo produjeron, se perfecciona y se deja por herencia á los descendientes. Por este procedimiento, desde de la contraccion y dilatacion que la irritabilidad produce en las células; más todavía en el protoplasma de que están compuestas las moneras, se llega por sucesivas metamorfosis á los medios más complicados y perfectos de expresion, á los poemas de Homero, á los discursos de Demóstenes y á los escritos de los grandes filósofos de la antigüedad y de los tiempos modernos, que abarcan y expresan la totalidad de la idea, el espíritu y la naturaleza.

Para dar más verosimilitud á sus opiniones, los trasformistas modernos, y entre ellos Haeckel, traen en su apoyo una ciencia, si tal nombre merece, que contando poco tiempo de vida no pudieron utilizar los antiguos empíricos materialistas y sensualistas; hablo de la filología comparada, esto es, del estudio comparativo de las diferentes lenguas que se hablan ó se han hablado en el mundo, y de que hasta ahora se tiene noticia. No es posible exponer, aunque sea en resumen, las teorías de la moderna ciencia del lenguaje en un escrito como el presente, teorías que se tratan de sustituir á aquel capítulo de la lógica que pretendieron algunos convertir en ciencia independiente, bajo el nombre de gramática general, y que comprendía las leyes generales de la palabra deducidas *á priori* de su naturaleza. La filología comparada pretende llegar por medio de la observacion al conocimiento de los principios generales del lenguaje, á la determinacion de su origen y á la exposicion de su desenvolvimiento, ó lo que es lo mismo, á la narracion de su historia.

Del estudio comparativo, de las lenguas conocidas, deducen los filólogos que la palabra fué primero monosilábica, y algunos de ellos, que estos monosílabos son las interjecciones, las cuales no son más que los gritos ya articulados con que el hombre primitivo



manifestaba sus afectos. La repetición de estos gritos articulados, los determinó y distinguió cada vez más, tomando cada cual una significación propia; más adelante se unieron estos monosílabos para expresar modificaciones de los primitivos significados, formándose las lenguas de aglutinación. La unión de los monosílabos primitivos llegó á ser tan íntima por el uso constante de los grupos aglutinados, que se perdió la memoria de las raíces primitivas, modificándose el sonido de ellas para mayor facilidad de la pronunciación, y de este modo se llegó á la formación de las lenguas de flexión, instrumento propio de las razas superiores, con cuyo auxilio han alcanzado el gran desarrollo intelectual que hoy las distingue.

La antigua lengua chinesca es el único ejemplar conocido de los idiomas monosilábicos; de los de aglutinación existe grandísimo número, y en realidad los filólogos, bajo esta rúbrica, comprenden infinitas lenguas poco estudiadas que deben tener, por lo que de ellas se sabe, muy diversos caracteres. Las lenguas de flexión forman dos familias que hasta ahora son las que únicamente se han analizado con alguna profundidad; á saber: la de las lenguas semíticas y la de las lenguas indo-europeas; pero especialmente respecto á la primera, no se puede decir que forme todavía una especialidad científica bien determinada, y aunque el descubrimiento del sanskrit y la gramática comparada de Bop han contribuido á formar un sistema de aspecto científico con las lenguas llamadas indo-europeas, todavía está tan distante de ser definitivo, que mientras que Diez y la mayor parte de los filólogos tienen como lengua neo-latina el francés y los dialectos antiguos y modernos que comprende, un escritor moderno, Pablo Barbe, afirma que esta lengua es céltica.

Por otra parte, son tan infundadas las pretensiones de la filología comparada, al querer explicar el origen del lenguaje, que no pueden serlo más, supuesto que ni aún posee todavía esta especialidad científica el conocimiento de la materia que debe formar su inmediato contenido; nuestro compatriota, el jesuita Hervas y Panduro, fué el primero que procuró reunirlos en su famoso *Catálogo de las lenguas*, para cuya formación le fueron de tan gran provecho las gramáticas y glosarios de las lenguas de América, hechos por nuestros misioneros en los siglos XVI y XVII; pero es tanto lo que resta por saber en esta materia, que W. W. Hunter formó hace poco un glosario de ciento cuarenta y cuatro lenguas ántes desconocidas, que se hablan en la India y en la alta Asia. De los idiomas del Africa poco ó nada se sabe, y para mayor confusión, ni siquiera existe relación alguna entre las razas y las lenguas. El hombre llamado ahora *mediterráneo*, que es el que ántes se denominaba caucásico, habla diversos idiomas, que corresponden á cuatro tipos irreductibles: el vasco, el caucásico, el semítico y el indo-

européico, por lo cual llaman políglota á esta raza los etnógrafos, y también lo son los negros africanos, creyéndose probable que estén en el mismo caso los mogoles, los árticos y los americanos.

Sucede, pues, con la lingüística lo que hemos visto con la paleontología cuando se ha querido buscar en ella la serie de nuestros antepasados: todo son hipótesis arbitrarias, lagunas inmensas en el encadenamiento de los hechos, y, en una palabra, lo que resulta es que se trata de explicar *obscurus per obscurius*. La suposición de que el hombre empezó á hablar lenguas monosilábicas es enteramente gratuita, nadie puede asegurar que sean monosílabos las raíces de las lenguas de flexión; las trílteras de las lenguas semíticas no lo fueron sin duda en su origen, y es evidente que eran polisilábicas muchas raíces de las lenguas indo-europeas, pues como tales deben considerarse muchas palabras no monosilábicas que son comunes á todas las lenguas de esta familia.

Ni aún admitiendo la teoría que hace derivar el lenguaje de las interjecciones, que es lo que más se parece á los gritos inarticulados de los animales, se prueba que las lenguas primitivas fueran monosilábicas, pues muchas interjecciones, quizá las más naturales y frecuentes, constan de más de una sílaba. Pero demos de barato cuánto en esta parte aseguran los trasformistas; ¿en qué consiste y cómo se demuestra la transición por cuyo medio el grito ó el canto se convierte en lenguaje? El famoso Max-Müller, ante la imposibilidad de explicar esta transición, admite en el hombre una facultad de crear las raíces de las lenguas, análoga á la voluntad que produce sus actos, porque si la voz es por una parte la animalización del sonido y por otra la base material de la palabra, estos tres términos: sonido, voz y palabra, forman un sistema producido por tres determinaciones de la idea, relacionadas, pero distintas, y sólo pueden confundirse por los que olvidan que la unidad y la diferencia son elementos igualmente necesarios en la realidad y en el conocimiento; quererlos unir confundiéndolos, sería más absurdo que tratar de echar puentes entre los astros, pues cada término pertenece á diferente esfera, el sonido al mundo físico, la voz al orgánico y la palabra al espíritu.

Si el lenguaje fuera sólo consecuencia de ciertas particularidades orgánicas, se podría dar con propiedad ese nombre á la repetición mecánica de las palabras que ejecutan con maravillosa perfección algunas aves, y nadie lo hace, sin embargo; anatómicamente nada falta á estos animales para poseer la palabra, pues los vemos articular con precisión y claridad; luego lo que les falta es el elemento supra-orgánico, aquello que no es resultado de ninguna combinación física ú orgánica, la cual, aunque sea condición para la manifestación del lenguaje, no es en manera alguna su causa ni su esencia.



Basta reflexionar con alguna atención acerca de la naturaleza de la palabra, para convencerse de que es atributo peculiar de nuestra especie, pues lo primero que esta facultad presupone es la conciencia de sí en quien la ejerce, y el uso de todas las demás funciones del espíritu, por lo cual los psicólogos, que consideran como diversos aspectos del alma las propiedades del espíritu, dan el último lugar á la palabra.

El conjunto y combinación mecánica de sensaciones y los actos que de ella se originan, así como la unidad sustancial y sistemática de la vida de los animales, son una preparación para el advenimiento del espíritu; pero esta determinación superior de la idea dista del animal más que éste dista del mundo inorgánico; el animal no es causa de sí, no obra por propio movimiento, sino obedeciendo á impulsos más ó menos enérgicos, más ó menos próximos, que están fuera de él, por lo que Descartes llamó, no sin propiedad, autómatas á los animales; así es que los gestos ó los gritos, que producen, son la repercusión de las impresiones que experimentan, mientras que la palabra supone la intervención del sujeto libre, del yo, de la persona, que ya á consecuencia de impresiones externas, ya de un modo espontáneo se manifiesta, se exterioriza dando cuenta reflexiva de sus modificaciones y estados, que pueden ser y son á veces contrarios á lo que debieran ser, si sólo estuviera el hombre sometido á las leyes de la naturaleza, si no fuera superior á ellas y capaz de someterlas á su albedrío.

La serie cronológica de las lenguas es un supuesto tan gratuito como la serie cronológica de los organismos, y la misma razón hay para creer que el espíritu se manifestó primero en la naturaleza por la palabra monosilábica que por la polisilábica; siendo lo cierto que las lenguas se determinan en su naturaleza y forma por las condiciones del medio geográfico, por las particularidades anatómicas y fisiológicas de las razas y principalmente por el momento y grado de cultura y civilización de los pueblos.

Si la ley de progreso y perfección que admiten contra sus principios los transformistas fuera absolutamente cierta, resultaría que los idiomas serían más perfectos cuanto fuesen más modernos, y esto, como se sabe, no es exacto. Por lo que se refiere á las propiedades artísticas de las lenguas, la cuestión no admite duda, y todo el mundo reconoce que el sanskrit, el griego y el latín poseen en el mayor grado las condiciones necesarias para la poesía y la elocuencia, no habiéndose producido en cuanto abarca la historia obras superiores á los poemas y discursos escritos en estas lenguas de la familia indo-europea, y nada hay en los idiomas semíticos que aventaje á los libros del Viejo Testamento. Ni es tampoco exacto decir que para las ciencias, llamadas impropriamente abstractas, sean más adecuadas las modernas; la lengua que sirvió para sus explicaciones á Euclides, á Platon y á

Aristóteles, bien pudiera servir á los más profundos sabios de los tiempos modernos, aunque sean transformistas, pues ya hemos visto que el mismo Haeckel acude al griego para sacar los elementos de su tecnicismo, según se ha hecho para todas las ciencias.

Véase cómo, lejos de dar apoyo y fundamento á la doctrina transformista el estudio de las lenguas, suministra refutaciones victoriosas y concluyentes de sus pretendidas leyes, que si son inaplicables á la naturaleza, si no bastan para explicar sus diversas manifestaciones, son todavía más insuficientes para comprender el mundo del espíritu.

ANTONIO MARÍA FABIÉ.

## LAS PINTURAS DE JERÓNIMO BOSCO

QUE SE HALLAN EN EL MONASTERIO DEL ESCORIAL.

### I.

El querer juzgar todas las épocas con el mismo criterio que la nuestra, sin tener presentes las varias alteraciones de las costumbres, ha dado lugar muchas veces á apreciaciones erróneas de los hechos históricos.

Convencidos de esto, y para poder examinar los sucesos con crítica más racional y exacta, los escritores modernos tratan de investigar, por todos los medios posibles, el estado moral é intelectual de cada pueblo en cada tiempo, y para conseguirlo no tienen seguramente un auxiliar más eficaz y fehaciente que la literatura y las artes. Por eso son del mayor interés todos aquellos estudios que, aunque á primera vista parezcan de pequeña importancia, tienden, sin embargo, á señalar una extrañeza incompatible con nuestros usos, y tratan de darla una explicación; porque, aún dejando sin resolver el problema, plantearle sólo puede ser ocasión para que ingenios más felices consigan el resultado que no logró el iniciador de la cuestión, viniéndose acaso por medio de la investigación de pequeñas cosas al esclarecimiento de las más grandes.

Las excentricidades y rarezas que se encuentran esculpidas en las portadas de las iglesias góticas, pintadas en los libros de rezo ó en cuadros de devoción, y grabadas en estampas que representan asuntos sagrados, son seguramente tema á propósito para muy largas y eruditas especulaciones. Se han hecho muchas, pero no tan generales como fuera de desear, pues se contraen casi siempre á descifrar el simbolismo que puedan tener las caprichosas invenciones de los escultores de las catedrales, dejando otros muchos puntos sin aclarar, y haciendo caso omiso de los cuadros y estampas de épocas posteriores.



En Inglaterra y en Francia se han publicado historias de la caricatura y de lo grotesco, llenas de erudición y de datos; en ellas se tratan muchas de las cuestiones que entrañan las diferentes clases de imágenes, cuya originalidad las hace incomprendibles ó poco en armonía con nuestras costumbres. En un todo conforme con las apreciaciones que en dichas historias se hacen, creo sin embargo que puede apurarse aún más la materia considerándola bajo el aspecto de las condiciones que tienen las artes gráficas para poder expresar las ideas y hallar la explicación de no pocas rarezas y monstruosidades, en haberse traspasado los límites en que cada manifestación del arte se encuentra circunscrita.

Se conserva en la biblioteca del Monasterio del Escorial un Psalterio que perteneció al emperador Carlos V, adornado con preciosas miniaturas (1). Hay dos, entre ellas, tan notablemente deshonestas, que no pueden ménos de causar extrañeza, porque ni en libros profanos se tolerarían hoy, y bien merecen pararse á pensar las causas que pudieron dar lugar á que entónces se admitieran como cosa corriente estas imágenes. Representa la una á Betsabé en el baño, la cual se halla en el centro de la composición en pié dentro del agua de un estanque, que la llega hasta las rodillas; por todo traje tiene un turbante en la cabeza y una ligera gasa en la cintura, tan ligera que más parece diáfano cristal; su objeto no es cubrir lo que tan necesario era que estuviera oculto, y que la posición particular pone más de manifiesto. En segundo término, á la izquierda, sentada en la orilla del estanque, se ve á una criada, y á la derecha un emisario de David, que hace á Betsabé proposiciones á nombre de su amo; éste se halla en el fondo asomado á una ventana contemplando toda la escena. La otra miniatura representa á David recibiendo á Abigail en su lecho, y está tratada con tanta falta de pudor como la primera. Teniendo forzosamente que reconocer que aquellas imágenes no están ejecutadas con intención burlesca, no es fácil explicar lo extraño de las posturas y lo obsceno de los desnudos; porque si bien es verdad que la honestidad y la pulcritud no eran tan exigentes en el siglo XVI como en el nuestro, no basta esta razón tratándose de estampas de un libro devoto.

No son ménos extraños los caprichos que el famoso Jerónimo Bosco representó en los dos trípticos que se conservan también en este monasterio de San Lorenzo, y ellos me han movido á trazar estos renglones, en los que será vano buscar más que un conjunto de observaciones, mu-

chas veces inconexas, como las haría de palabra á cualquier amigo con quien estuviese viendo una colección de cuadros ó de estampas. He preferido este sistema, tanto por estar más conforme con mi manera de discurrir, cuanto porque cuestiones tan complejas y difíciles son para resueltas entre muchos, y sería pretensión ridícula en mí el hacer un gran volumen cuando no me siento con fuerzas para ello.

Todos los cuadros y estampas que he de citar por incidencia son bastante conocidos de los aficionados; la mayor parte se hallan en la Biblioteca del Escorial; por medio de notas señalaré á los que no las conozcan las signatures con que están catalogadas.

No creo haber logrado resolver ninguna duda, ni siquiera haber sido el primero que plantee el problema; pero si de cualquiera de mis apuntes puede algún erudito sacar provecho para hacer mayores y más sabias investigaciones, aunque sea impugnando las ideas que emito, me daré por satisfecho, y habrá sido de no poca utilidad este ensayo.

Hubiera podido abarcar un plan más general, que comprendiera el estudio de todas las obscenidades representadas por el arte, desde la antigüedad hasta los tiempos modernos; pero, como ya he dicho, si para hacer un capítulo considero débiles mis fuerzas, serían totalmente nulas tratando de acometer tamaña empresa.

He elegido como ejemplo dos obras de Jerónimo Bosco, porque puede decirse que son el compendio de todas las rarezas que se encuentran en las estampas y cuadros de otros autores, y también porque, teniendo por asunto ideas morales y religiosas, son más dignas de atención que si se tratase de escenas profanas. Las obras de Miguel Angel, de Hemskerk, de Bruegel, de Rembrandt y otros autores, que cito incidentalmente, reúnen la misma circunstancia de tener por pretexto asuntos morales; contraste sobre el que me propongo llamar la atención principalmente, pues no tendrían la misma significación obras destinadas á tener una publicidad clandestina, como las de Jacobo Caraglio ó Agustín Carrache, que las que se hacían para adornar los conventos y palacios, y para la edificación de fieles católicos.

Entre los varios cuadros de Jerónimo Bosco que aún posee el monasterio de San Lorenzo del Escorial, son muy notables los dos trípticos de que voy á tratar. Ambos quieren representar la misma idea moral, aunque expresada de diferente modo. La creación del hombre, su embrutecimiento por el pecado y el castigo del pecador en los infiernos; tal es la idea.

Querer interpretar una á una y en su justo va-

(1) iij—e—8-Bibl. Esc.



lor las alegorías, atributos y obscenidades que contienen estas tablas, equivaldría á querer reducir á términos razonables los delirios de un loco. No tengo tal pretension; mi objeto es sólo el valerme de estas pinturas para apoyar algunas observaciones, tanto sobre las obras de Bosco, como sobre el alcance de las artes gráficas.

El más pequeño y ménos complicado de los dos trípticos es conocido con el nombre de *El carro del heno*.

«*Cerradas ambas puertas*—dice el catálogo de Poleró,—*se representa un país con la figura de un labriego huyendo de unos ladrones, que en el fondo maltratan á un caminante.*» Yo creo ver algo más que el catálogo; porque en el fondo, en segundo término, á la derecha, hay pintado un pastor que descuida el ganado que debiera guardar, por entretenerse danzando con una mujer, al son de la zampoña, que toca un juglar sentado en un ribazo; grupo que representa, á mi ver, el desarreglo y la vagancia, y que sirve de principio á la moraleja que el autor se propone desarrollar. Del desarreglo y la holgazanería á la miseria se camina á pasos agigantados, y la *miseria* es lo que representa la figura del primer término. Luego, á la izquierda, se ve cómo unos ladrones despojan á un caminante, ó sea el crimen, segunda consecuencia de la vagancia; y como final de la historia, el criminal conducido á la horca, que se ve en último término, acaba de completar la lección. Creo lógica esta interpretación del asunto, porque completa la idea expresada en la parte interior del tríptico, colocando al hombre malo en el duro trance del castigo por la justicia humana, por sus delitos; y por la divina, por sus pecados.

No es mi ánimo de ningún modo el corregir la descripción que hace el catálogo, y mucho ménos criticar á su autor; ántes al contrario, respeto su opinión, y creo que habrá muchos que la celebren y que no se conformen con la mía. Si cito la interpretación que da á estos cuadros una persona tan inteligente como el Sr. Poleró, es para hacer ver cuán léjos se encuentra la Pintura de poder expresar ideas de una manera perfectamente concreta, puesto que cuando no tenemos un conocimiento anterior del asunto que el autor ha querido representar, casi cada espectador encuentra una significación distinta.

Abiertas las portezuelas del tríptico, en la de la izquierda se ven representados tres asuntos: la creación de Eva, Adán y Eva reprendidos por su pecado, y arrojados del Paraíso.

El argumento de la tabla del centro está tomado de las palabras de Isaías: *Toda carne es heno y toda su gloria como flor del campo*. En el centro se ve un carro cargado de heno, sobre el

que está sentada una dama ricamente vestida, y á su lado un jóven tocando el laud; grupo muy elegantemente dispuesto y que parece representar los goces mundanos. Tiran del carro varios monstruos con cuerpos de hombres y grupas de leones, perros, lobos, osos y peces; simbolizando acaso los pecados capitales. A la izquierda, un grupo de personajes montados en caballos se acercan á coger el heno, y entre ellos se distinguen el Papa, reyes, príncipes, generales, eclesiásticos y caballeros; gentes de condiciones más humildes llegan á pié y se abalanzan también á coger el heno por asalto. En un grupo de dos frailes que se disputan á brazo partido la posesión de una mujer, se ve el vicio ménos alegóricamente representado; así como en otro grupo del primer término, á la derecha, en el que se ve á un fraile orondo y mofletudo que, sentado al lado de una mesa, saborea un gran vaso de vino y mira con regocijo á varias monjas revoltosas, que ya cogen del heno á manos llenas, ya cargan con el saco que le contiene, ó ya invitan á un músico callejero á que acompañe con los acordes de su instrumento la ronda que se proponen bailar.

También en primer plano, hácia la izquierda, una mujer, sentada en el suelo, se ocupa de asear á su hijo, operación que pudiera haber ido á ejecutar á otra parte, y que no se me alcanza qué conexión pueda tener con el pecado, á que las demás figuras de la composición parecen entregarse con tanto afán.

Las altas dignidades de la tierra, y más especialmente el clero, componen la mayoría de los pecadores que se entregan al vicio de la carne. Tal vez Bosco ha querido hacer ver más palpablemente la flaqueza humana, que no logra vencerse ni aun por aquellos que están obligados por votos; ó aumentar la gravedad del pecado por la calidad de los pecadores.

En la portezuela de la derecha ha representado el autor los castigos del infierno, según los diferentes pecados cometidos.

Esta es en conjunto la descripción del tríptico del carro del heno.

## II.

La biografía de Jerónimo Bosco es muy poco conocida. Ni Karel Van Mander, ni Decamps, ni otros autores dan más detalles de su vida que el suponer nació en Bois le Duc en la segunda mitad del siglo XV, y haber muerto en el mismo pueblo en 1518. No consta que viniera á España, como algunos suponen, y es muy probable que así no fuera.

Alfredo Michiels, en su *Historia de la pintura flamenca y holandesa*, dice: «Las visiones de Bosch



»convenían á la lúgubre piedad de esta nacion  
 »feroz (España). Nacion á quien Dios no aparece  
 »como el poder creador y conservador, sino que  
 »le da el aspecto terrible de un juez, los sangui-  
 »narios pensamientos de un tirano. Parece una  
 »de esas tribus indias que han abjurado el culto  
 »de Brahma y de Wishnou, las deidades pater-  
 »nales, para obedecer á Siva, el genio bárbaro,  
 »acostado en sus momentos de agradable des-  
 »canso sobre la serpiente Ananta, cuyas fauces  
 »destilan sin cesar mortal veneno. Los espectros  
 »de Jerónimo Bosch, sus delirantes invenciones,  
 »las torturas de los condenados, las espantosas  
 »lontananzas del abismo, la representan el em-  
 »blema de sus concepciones religiosas.» Sería  
 muy extraño, de ser cierto lo que Michiels su-  
 pone, que un extranjero, de quien no hay noticias  
 de que estuviera en España, fuera el intérprete  
 de nuestros sentimientos, al paso que los pinto-  
 res nacionales de aquella época, que trabajaron  
 en Avila, Toledo, Aragon y otras provincias, en  
 nada se parecen al fantástico holandés, y que  
 más tarde Juanes, Murillo y Alonso Cano no con-  
 servarán algo del sentimiento feroz de la patria  
 que les vió nacer.

Las extravagancias de Bosco, que así pueden  
 llamarse, no representan las ideas de ningun pue-  
 blo, sino simplemente las extrañas fantasías del  
 autor, que la mayor parte de las veces tienen más  
 de burlescas que de feroces; tanto porque no pa-  
 recen concebidas en serio aquellas visiones, cuánto  
 porque, aunque lo estuvieran, la hipérbole exage-  
 rada produce el efecto contrario.

Michiels concluye el artículo que trata de Bosco  
 con estas palabras: «No se crea, sin embargo,  
 »que Jerónimo Bosch sea un pintor burlesco y  
 »que ponga sus asuntos en ridículo; el humor,  
 »la fantasía, completamente libre, desnuda de  
 »toda creencia íntima y tomando por juguete el  
 »mundo entero, no debía lanzar sino más tar-  
 »de, en la noche de la duda, los caprichosos ful-  
 »gores de sus fuegos artificiales. En esta época,  
 »la devoción reinaba aún. Jerónimo Bosch tenía  
 »fe en el cristianismo, y temblaba tal vez delante  
 »de sus espantosas composiciones. Quería hacer  
 »piadosos á los hombres por el terror, como Juan  
 »Van Eyck por más dulces sentimientos. No te-  
 »nía idea de que personificaba sueños, sino que  
 »creía revestir de una forma plástica verdades in-  
 »controvertibles: Inteligencia sombría y melancó-  
 »lica, veía en todas partes lo perezoso de las  
 »cosas humanas; despojando la vida de sus ricos  
 »atavíos, mostraba sus horrores secretos, arran-  
 »cándola su máscara de seda para hacer aparecer  
 »detrás una calavera que helase de temor á los  
 »espectadores. Sus alegorías tenían todas el mismo

»fin; de este número es el famoso cuadro del Es-  
 »corial, titulado: *Omnis caro fœnum*. Ha pintado  
 »en él los placeres sobre un carro arrastrado por  
 »monstruos, precedido por diablos, y seguido por  
 »la muerte.»

Michiels ha conseguido escribir algunas frases  
 de más ó ménos efecto; pero positivamente ha-  
 bía visto muy pocos cuadros de Bosco, cuando  
 escribió su libro, y de estos pocos no era uno *El  
 carro del heno*. Si le hubiera visto, no hubiera  
 encontrado á la Muerte en ninguna parte, ni le  
 parecería el cuadro tétrico ni melancólico, pues  
 sólo se ven en él escenas de desorden, que si bien  
 tendrán su castigo en el infierno, como se repre-  
 senta en la portezuela de la derecha, por el mo-  
 mento, ni los frailes que se disputan la posesion  
 de la moza, ni el que se emborracha, ni las mon-  
 jas que quieren bailar, presentan más que una  
 escena animada, digna de una romería de la época.

No es fácil calcular cuáles serían las creencias  
 de Bosco; pero es menester recordar que sus obras,  
 cuando no tienen por motivo asuntos ó alegorías  
 religiosas, son siempre sátiras ó caricaturas como:  
*los dos ciegos* (1), *las monjas y los frailes en la co-  
 cina* (2), y otras por el estilo; lo cual parece pro-  
 bar que el autor se preocupaba más de lo grotesco  
 de los tipos ó de las escenas, que del decoro y de  
 la propiedad.

Supone la tradicion que en la tabla que repre-  
 senta á *Jesus presentado al pueblo*, que está tam-  
 bien en el Escorial, todas las figuras son retratos;  
 el del autor, el Jesus, y los de sus émulos y de-  
 tractores, los judíos que le rodean. Es posible que  
 así sea; pero me inclino á no creerlo, pues exacta-  
 mente los mismos tipos se encuentran en su cua-  
 dro de *Jesus con la cruz en el camino del calvario*,  
 en la estampa de *los dos ciegos*, y en otros de sus  
 cuadros, no siendo creible que una misma idea  
 le inspirase tantas veces. El tipo marcado de in-  
 dividualidad que tienen todas las figuras de que  
 voy hablando, hace presumir que son retratos;  
 pero á mi entender de *modelos* extraños y con-  
 trahechos de los que se servía para representar á  
 los judíos, pues en aquella época y aun despues,  
 era costumbre admitida pintarlos feos y mal for-  
 mados, para hacerlos más odiosos; porque aun-  
 que no sea un sentimiento justo, la verdad es que  
 al hombre malo nos le figuramos deforme y feo.

No continuaré las muchas consideraciones que  
 aún he de hacer sin describir ligeramente el otro  
 tríptico, que es de mayor importancia y tamaño  
 que el del *carro del heno*.

(1) Estampas que pueden verse en la Biblioteca del Escorial.—  
 Ac—j—14, pág. 154.

(2) Ac—iiij—2. B. E.



## III.

El tríptico que voy á examinar no tiene como el otro un nombre vulgar, quizás por ser ménos conocido. Ningun título le cuadraría mejor que el de la *Lujuria*.

Cerradas las dos portezuelas, se representa en ellas la creacion de la tierra. Ocupa casi toda la composicion la esfera terráquea como en embrion, sobre la que empiezan á distinguirse los montes, los árboles y los rios. En lo alto se ve al Padre Eterno. Todo este cuadro está pintado á claro oscuro.

Abierto el tríptico, en la portezuela de la izquierda se ve la creacion de la mujer.

El asunto de la tabla del centro es el hombre embrutecido por la lujuria. Si supiera interpretar uno á uno la multitud de grupos de figuras humanas, de animales, de montañas, de plantas y de accesorios que forman el conjunto de este cuadro, los interpretaría; pero lo creo superior á mis fuerzas; más aún, lo creo imposible. En primer término, á un lado, se ve un grupo de hombres desnudos que cada cual tiene sobre la cabeza una fruta; unos una cereza, otros una mora, otros una fresa: entre ellos hay un negro. Al lado opuesto hay otro grupo de mujeres, también desnudas, y con frutas en la cabeza, y entre ellas hay una negra. En medio de estos dos grupos, en el mismo término y algo más retiradas, hay multitud de figuras de hombres y mujeres, siempre desnudos, saliendo de flores colosales, juntándose en lúbricas posturas, montándose en pájaros, bañándose, disputándose racimos de frutas. Un hombre va cargado con una almeja colosal; por entre los bordes entreabiertos de la concha se ven en parte dos figuras que van acostadas dentro y que ofrecen la particularidad de sudar perlas. Más lejos una turba inmensa de jinetes montados en caballos, bueyes, girafas, unicornios y mil otras especies de animales, corren alrededor de un círculo formando como un picadero; algunos van en pie sobre las cabalgaduras haciendo ejercicios gimnásticos. Una de estas figuras es muy notable por lo poco decoroso de la postura y el sitio poco limpio en que le pica un pájaro que sostiene en una pantorrilla.

Más lejos aún, se ven grandes lagos con navegantes, sirenas y delfines abrazándose, y finalmente, en la parte superior del cuadro, montañas y castillos formados por plantas extrañas y atravesados por tubos de cristal.

La portezuela de la derecha representa los tormentos que los réprobos sufrirán en el infierno, cada uno segun el vicio que en el mundo le dominó. Un monstruo con semblante de ave de rapiña,

cubierta la cabeza con un caldero y calzado con pucheros; sentado en un sillico va tragándose á los glotonos, que digiere y arroja en una cloaca; otro gloton acurrucado al borde expelle monedas, y otro que es aproximado á este pozo inmundo por un diablo, arroja la comida de asco. Una mujer vanidosa ve reproducidas sus gracias en un espejo convexo que forma las asentaderas de otro monstruo. En un concierto extraño, son obligados los chismosos á soplar en instrumentos de viento de enorme tamaño, y á solfear notaciones escritas en el trasero de otros.

Unos arden en incendiados castillos; otros se hielan en grandes lagos; uno sufre la agonía de caminar al suplicio; y finalmente, dos orejas humanas de tamaño colosal, cortadas por un gran cuchillo, que no sé si querrán hacer alusion á los indiscretos; y una barca, cuyos mástiles son las piernas y brazos arborcos de un monstruo cuyo cuerpo es un cascarron roto, y que lleva en la cabeza sombrero de pastor, completan esta fantástica composicion, en la que hay otros muchos grupos é invenciones interesantes.

Tal es la sùcinta descripcion del segundo tríptico, que he creído debe llamarse de la *Lujuria*, por ser el único vicio que veo representado en la tabla principal.

Ya he citado la opinion de Alfredo Michiels sobre las obras de Bosco en general, y aplicada al *carro del heno*. La he combatido, sólo bajo el punto de vista en que supone que representa las ideas feroces de los españoles; pero aún hay otros muchos aspectos bajo los que impugnar las apreciaciones del autor de la historia de la Pintura en Bélgica y Holanda, autor único que conozco que haya hecho un estudio detenido del carácter de las obras de Bosco, y que está conforme en muchos puntos con otros escritores que han tratado más ligeramente del fantástico holandés.

Primeramente hay que considerar cuáles son las ideas que se propuso desarrollar el pintor; en segundo lugar, qué recursos le ofrecía su arte para la representacion de estas ideas, y cuáles fueron los que adoptó; y por último, por qué sus obras fueron aceptadas en serio no siéndolo en realidad.

## IV.

Hay ciertos principios de moral que todas las religiones han admitido, y que hasta los ateos reconocen. El castigo eterno para los que faltan á estos principios, es también dogma por todas admitido, y quizás ninguna deja mayor esperanza de perdon por medio del arrepentimiento que la religion católica. Si los castigos con que amenazan al pecador en la otra vida son horrosos, no puede



por eso tacharse de más crueles á los cristianos, pues la invencion de los tormentos de Tántalo y Prometeo, por ejemplo, que encontramos en el politeísmo de los paganos, nada tienen que envidiar á los más refinados suplicios.

Si España tuvo la Inquisicion, no fué sola, y aunque los castigos empleados por ella fueran una anticipacion de los placeres del infierno, no por eso hay motivo para suponer á esta nacion de una ferocidad especial, pues los tormentos y ejecuciones que empleaba, no eran otros que los usuales en la legislacion civil de toda Europa.

Estas crueldades demuestran que aquí y en todas partes los hombres son fieras cuando se hallan dominados de un fanatismo cualquiera; y hoy que las costumbres son muy distintas que las de los tiempos de la Inquisicion, los fusilamientos políticos, las iniquidades cometidas en las guerras prueban este aserto. Si nosotros hemos tenido un Felipe II, Francia tuvo un Luis XI. En España se cometieron horrores por el fanatismo católico, exaltado por la prolongada lucha con los mahometanos; fanatismo en el que las ideas de religion y de patria iban mezcladas. En todas partes y en todos tiempos se han cometido horrores indisculpables, tan grandes como los de la Inquisicion, lo que ha variado ha sido la idea que ha impulsado á cometerlos. Es injusto, pues, tacharnos á los españoles de tribu india.

Bosco varía poco sus temas; por lo general toma como asunto los pecados del hombre, y su castigo en el infierno, ya como se ven tratados en los trípticos descritos, ya como vision de San Antonio, ó como enseñanza que algun ángel presenta á algun doctor ó á algun mancebo. Algunas veces tambien representa la vanidad de las cosas humanas. Como se ve, son ideas que en todas las edades han preocupado á los hombres; pero que en la época de Bosco estaban de moda entre los artistas alemanes, flamencos, holandeses, y hasta entre los franceses por imitacion de los otros, y dieron por resultado infinidad de alfabetos de la Muerte, grabados y pintados, y escenas del Juicio final. Las visiones nunca han tenido intérpretes en España, y nuestros pintores, que siempre fueron naturalistas, fueron quizás los únicos libres del contagio.

La pintura, que no dispone en realidad de otro medio para expresar las ideas que la representacion material de las cosas; que está sujeta por las condiciones de espacio y de tiempo, y que por estas razones no puede tener la pretension de enseñar de una manera directa y concreta, ha creado el símbolo y echado mano muchas veces del recurso de representar en un mismo cuadro ó en varios, diferentes momentos de la misma accion. Otras

veces ha desarrollado una idea en diversas escenas, saliéndose de su esfera y no consiguiendo por eso el efecto que se proponía. Bosco ha seguido estos falsos caminos, y léjos de ser más inteligible se ha hecho más oscuro.

## V.

He sentado en el párrafo anterior que los símbolos y la representacion de diferentes escenas en un mismo cuadro eran medios, que si bien se empleaban, sacaban á la pintura de su centro y no lograban el fin deseado. Esto merece una digresion para demostrarlo y para fijar al mismo tiempo hasta dónde alcanzan los recursos propios de este arte; digresion que no será inútil, porque los principios sacados de estas pruebas tendrán su aplicacion en el análisis de los trípticos de que voy tratando.

Todo símbolo tiene el defecto capital de que su significacion no está en la cosa representada, sino en el valor convencional que se la ha dado; por lo cual, el que desconoce este valor nada comprende. En este caso de no ser comprensibles, se encuentran multitud de símbolos de diferentes épocas y países, cuyo secreto se ha perdido, y aquellos de creacion particular de cada artista. ¿Qué significacion pretendió dar Bosco á las frutas que coloca sobre la cabeza de muchas de las figuras del tríptico de la *Lujuria*?

¿Qué indican aquellos enormes pájaros?... Véase cuán poco eficaz es el recurso de los símbolos, y cómo son extraños á la pintura, cuando por sí solos no expresan nada.

Tampoco se consigue el hacer que la idea sea más comprensible, representando diferentes escenas relativas al mismo asunto; porque si es conocida la accion á que se refieren, son inútiles, y si es desconocida, sucede lo que con la tabla que cité al principio, pues al verla, unos se figurarán que el labriego huye de los ladrones, y otros que léjos de ser así forma parte de ellos.

Fuera de estos casos, hay otros muchos en que, aún valiéndose la pintura sólo de sus propios recursos, no consigue el fin que se propone, y sí el contrario. La idea moral que encierra la virtud del casto José rechazando los halagos de la mujer de Putifar es indudable, y sin embargo, pintada la escena, siempre resultará poco edificante. Lo mismo sucede con el asunto de la casta Susana y muchos otros de distintos géneros, que no sólo no hay modo de que su representacion corresponda con la idea moral que encierran, sino que por lo mismo sirvieron de pretexto á los artistas para hacer pinturas más ó menos eróticas.

Con la pintura no pueden de ningun modo, ni con ningun recurso, determinarse ideas, de una



manera perfectamente concreta; esto está reservado sólo á la palabra hablada ó escrita.

Para describir una mujer hermosa, por ejemplo, basta con pronunciar la frase, siendo en seguida comprendida por todos; aunque se den detalles, y no correspondan en parte con el gusto ó el capricho del que oye ó lee la descripción, siempre halla modo de prescindir de aquellos detalles, ó de acomodarlos al tipo que se ha forjado.

El pintor, al fijar en el lienzo su tipo de mujer hermosa, por lo mismo que le determina de una manera invariable, encontrará muchos espectadores que no se conformen con él.

Puede, el que escribe, hacer ver toda la miseria del *Hijo pródigo*, al verse obligado á guardar ganados; pero el artista no puede hacer ver más que á un pastor cualquiera, y aunque desarrolle la historia en tres ó cuatro cuadros distintos, no logrará producir otra impresión, porque el espectador no establecerá el enlace necesario, y se interesará en cada cuadro en particular. Si no conoce la historia de que se trata, no la comprenderá ó la adivinará muy vagamente; si la conoce será difícil que su sentimiento y el del un artista concuerden.

Sucede con la pintura otra cosa extraña, y es que la cosa pintada no produce siempre la misma impresión que produce el natural. Así vemos que muchos horrores pintados, como los fusilamientos, de Goya; los martirios de santos, de Ribera; ó las imágenes de Jesus crucificado, no causan horror, y se ven sin extrañeza hasta por mujeres y niños que sufrirían un desmayo si vieran un cadáver mucho menos destrozado. La representación de una batalla no causa ni temor ni emociones bélicas en los espectadores; muy pocas son en fin las ocasiones en que lo pintado produce un efecto semejante al que causaría la realidad, fuera de los asuntos que se refieren á la lascivia; por eso, aunque Bosco hubiera representado escenas verdaderamente horribles, no por ello podría suponerse que los aficionados á sus obras fueran personas crueles, al paso que podría tacharse de tales á las que tuviesen por distracción el presenciar al vivo escenas de tortura y de su suplicio.

Todos los asuntos, todos los terrenos son buenos para demostrar el pintor su saber y conocimientos en el arte; pero si se propone desarrollar una idea, se ve obligado por la esencia misma del medio de que se vale á sujetarse á condiciones determinadas.

Una de las cosas en que ha de pensar con preferencia si se propone expresar una idea es, que si el asunto está tomado de las historias ó de los poetas, tenga circunstancias á propósito para que pueda interesar y dar idea de lo que se trata, áun

á los que no conozcan la historia ó el libro á que el asunto se refiere; porque no debe olvidarse nunca que la pintura no puede concretar perfectamente el pensamiento por sí sola, y el valerse de letreros ó medios análogos, es sacarla de su centro.

Catalogando una colección de estampas, me encontré con una (1) que representaba á un anciano, que incorporándose en la cama en que estaba acostado, clavaba una daga en el cuello á un joven tendido en el suelo, y vestido con traje del siglo XVI. Como no conocía el asunto á que la escena se refería, no me produjo otra impresión que la que me hubiera producido la representación de un asesinato cualquiera, y la historia que yo me forjé, ó por mejor decir, las historias, estaban todas muy distantes de la verdadera; después de un detenido examen ví que en la cabecera de la cama había una pequeña cartela con una inscripción latina que venía á decir: *el padre al hijo*. Esta indicación me aclaró un poco las ideas y me aproximó al buen camino de la interpretación, aunque no logré adivinarla por completo. Después he averiguado que aquella estampa se refería á una tradición belga, que supone había en Bruselas en el siglo XI un juez llamado Henckerland, tan recto y justiciero, que habiendo sabido, encontrándose en el trance de la muerte, que su hijo había deshonrado á una doncella, y no hallando modo de castigarle ántes de morir, le hizo venir á su lado á pretexto de hablarle, y le degolló con un cuchillo que tenía prevenido al efecto. ¿Cómo era posible figurarse que en tal escena figuraban un padre y su hijo, ni los móviles que le impulsaban?

El autor se propuso sin duda presentar un ejemplo de rectitud y de honradez exageradas, pero no logró dar idea más que de un asesinato criminal.

Un asunto más sencillo, y otra estampa muy notable voy á poner también por ejemplo, para volver á demostrar la ineficacia de los símbolos, aunque sean conocidos. Andrés Mantegna grabó una estampa que representa á Jesus resucitado, entre San Andrés y San Longinos (2), y sin embargo, hay inteligentes que quieren ver en los santos colaterales á San Pedro y San Pablo, y otros que van más allá y se figuran ver á San Pedro y Constantino, suponiendo que se ha querido representar alegóricamente en este grabado á Cristo instituyendo la soberanía espiritual y temporal del Papado.

Por lo expuesto se ve cuán vago es el signifi-

(1) Ac—j—1—pág. 16. B. E.

(2) Ac—j—9—pág. 96.



cado de la pintura. Cuando el autor busca el asunto en su propio sentimiento inspirándose en el natural, es cuando está de lleno dentro de su verdadero terreno; así vemos que los cuadros llamados de género son mejor comprendidos por el vulgo. La razón de esto consiste en que el espectador tiene mayor libertad para formar su juicio, no encontrándose con el embarazo de tener que adivinar el asunto, sino conoce la historia, ni con el de no hallarse conforme con la interpretación del artista si la conoce.

Creo que los grandes pintores del siglo XVI cometieron la mayor parte de las impropiedades que se les critican, más que por ignorancia, porque trataban de hacerse comprensibles de la generalidad de las gentes, pues al paso que como Pablo Veronés en sus *bodas de Canaan*, Lucas de Leyden en casi todos sus cuadros y estampas, y otros muchos, casi todos, visten á los personajes bíblicos con trajes modernos, y disponen las escenas y accesorios de la misma manera; por el contrario, cuando pintan personajes históricos de su tiempo, como á Carlos V, por ejemplo, le visten á la romana.

Sentados estos principios, y visto el alcance de los recursos que tiene la pintura para expresar las ideas, se explican mejor las aberraciones de Bosco, que quiso valerse de medios que no tenía. Falta ahora explicar cómo se valió de ellos.

## VI.

Prescindiendo del sentimiento moral del amor, ninguna de sus necesidades preocupa al hombre en tan alto grado como la de su reproducción, puramente como goce material.

El cristianismo, que de la castidad ha hecho una virtud, desterró con el culto de los ídolos los que se referían á la fecundidad y á la reproducción humana; pero con esto no logró variar los instintos del hombre, por más que consiguiera modificar las costumbres y hacer ver lo que había de repugnante y escandaloso en las antiguas saturnales.

Las tribulaciones que sufrieron hombres de la fe y fuerza de dominio sobre sí mismos, como San Jerónimo y San Antonio, son una prueba de la preponderancia que esta pasión ejerce en el corazón humano. Sería prolijo y excusado enumerar las aberraciones á que han dado lugar las tentaciones de la carne; baste decir que ningún otro móvil, ni aún la avaricia, las han producido iguales; así es, que cuando los adoradores de Licinia y de Pan hubieron desaparecido, las pinturas eróticas no desaparecieron, y bajo el pretexto de hacer odiar el pecado de la lujuria, se representaban en las miniaturas de los libros y

en las columnas de las basílicas, escenas lúbricas toleradas sin duda en gracia de la intención, ó que pasaban casi desapercibidas, ya por la tosquedad á que las artes habían quedado reducidas, ya también porque estas escenas se representaban muchas veces con figuras de animales, ó monstruos incomprensibles. La literatura, á su vez, no era escasa en canciones picarescas y cuentos verdes, que servían frecuentemente de inspiración á los artistas.

Conforme con los tiempos las artes fueron adelantando, estas representaciones de obscenidades iban siendo más notables, y si hasta la época del renacimiento se escudaron siempre con el fin moral que querían tener, en este tiempo, sobre todo en Italia, aparecieron muchas veces resucitando las fábulas del paganismo. Todavía continuaban los pecados capitales sirviendo de pretexto á las más escandalosas imágenes, y cuesta trabajo creer que circulase sin escándalo la conocida estampa de Miguel Ángel, en que se representa la lujuria de una manera tan brutal (1). Hay otras estampas en las que, ideas tan desconsoladoras como la vanidad de las cosas humanas, se representan por una mujer hermosa completamente desnuda, contemplando sus encantos en un espejo (2), modo muy poco á propósito para inspirar melancolía, por más que en segundo término se vea un esqueleto figurando la muerte que apresura su llegada caminando en carroza. Estas pinturas, con disfraz ó sin él, tenían grata acogida en los palacios de los príncipes y magnates, y hasta en los de los cardenales, como sucede en la *Farne-sina*. A pesar de esto, se hacían los espantadizos con las obras impúdicas de Marco Antonio ó de Jacobo Caraglio, no porque fuesen más indecentes, sino porque aquellas producciones demostraban abiertamente una intención obscena, sin buscar pretexto alguno que las eehonestase, pues de otro modo no se explica que fueran perseguidas cuando se toleraban monstruosidades como las de los *Pecados capitales*, ó indecencias como las del *Juicio final*, de Miguel Ángel.

Rafael, Julio Romano, Lucas Penni, Roso, Primatice, Ticiano y la mayor parte de los grandes artistas de aquella época tributaron culto, en muchas de sus obras, no al antiguo, sino á la lujuria. La multitud de pintores flamencos, holandeses y alemanes que acudían á estudiar á Roma, siguieron en este punto las huellas de los grandes maestros, si bien rebajando de una manera grotesca, la manera épica, digámoslo así, con que los italianos trataban todos los asuntos.

(1) Ae—j—7—pág. 18. B. E.

(2) Ae—j—11—pág. 55. B. E.



Martin Hemskerck, por ejemplo, no tiene reparo en elegir pasajes bíblicos, como Tamar pariendo los gemelos (1), ó la circuncision de los isrealitas ordenada por Josué (2), temas ambos imposibles de representar gráficamente de una manera decorosa. *Formositas Dinæ excitabit Sichem ad illicitam voluptatem* (3), es la leyenda de otra estampa del mismo autor, cuyo asunto está tratado todo lo libremente posible, lo cual no es muy extraño, porque áun cuando el motivo se prestara á ser expresado de un modo conveniente, solía Hemskerck hallar traza de introducir algun detalle chavacano, como puede verse en una estampa que representa á Daniel haciendo derribar los falsos ídolos (4), en cuyo primer término ha colocado dos bufones que escarnecen la cabeza de una de las imágenes que yace en el suelo; orinándose en la boca uno de ellos, y el otro lanzando sucias detonaciones. No muy limpia resulta esta descripción; pero lo es mucho comparándola con la que resultaría si se hubiera de hacer del grabado que representa *el Infierno* (5), en el que las asquerosidades y la lubricidad se hacen competencia; libertades tanto más extrañas cuanto que son empleadas con un fin piadoso y destinadas á la inmensa circulacion de todo impreso.

Bosco siguió en este punto el gusto de su tiempo; la sequedad de formas que dió á las figuras y los símbolos que introdujo en sus composiciones, hacen ver que estudió mucho las esculturas talladas en los capiteles románicos y las góticas portadas; por esto sus cuadros, aunque participen de sentimiento obscuro, son menos impúdicos que los de aquellos artistas que se valían de unas formas más puras, sin que por ésto logren tener la edificante moralidad que creía encontrarlos el P. Sigüenza cuando combatía á los que en su tiempo criticaban ya de escandalosos los trípticos de que voy tratando.

La misma vulgaridad que he encontrado en las obras de Martin Hemskerck, se nota en las concepciones de Bosco. Así, por ejemplo, la idea de presentar á la mujer vanidosa obligada á contemplar su semblante en un espejo convexo que sirve de grupa á un demonio (6), no se le hubiera ocurrido á un italiano, y ciertamente tiende más á provocar la risa que á infundir temor al castigo. Otras veces, como sucede en el grupo del hombre cargado con la almeja (7), la idea es oscura, pero

no se presta nunca á una interpretacion sombría. Algunos creen ver en estas figuras la representacion del marido que consiente las liviandades de su mujer, y carga con el oprobio á trueque de recoger las perlas que le produce. Tampoco el crimen de la sodomía, que está representado en otro grupo, tiene más nobleza, y aunque indecente, no lo es tanto como era de esperar en la manera brusca de expresarse del autor, que se manifiesta más vivamente en la figura de un equilibrista ecuestre que se ve en el círculo de jinetes del segundo término, de que hablé al describir el tríptico, figura más decente casi para vista que para explicada. Si fuera examinando una á una todas las escenas que se encuentran en esta obra y en todas las de Bosco que conozco, que son algunas, con dificultad encontraría espectro ni vision terrorífica que pudiera hacer temblar á nadie, y mucho menos al autor, como supone Michiels.

Si Jerónimo Bosco hubiera sido escritor, sus obras hubieran sido satíricas, y como tales amargas en el fondo, pero no en la forma. Como fué pintor, y en la pintura la forma es el todo, sus imágenes, son sencillamente burlescas ó incomprendibles, necesitándose un esfuerzo de la imaginacion como para descifrar un geroglífico si se quiere intentar el comprender la idea moral que puedan encerrar.

Las más de las veces, los autores festivos suelen ser hombres de genio melancólico, y su inclinacion á la burla depende de la triste propension que tienen á ver en las cosas ántes el lado feo que el hermoso, lo cual unido á una organizacion delicada y fina, amante de la belleza moral y material, produce el deseo de poner en ridículo la fealdad para hacer que los demás la odien. Como no todos los temperamentos son iguales, sucede con frecuencia que los que han de apreciar la sátira se enamoran de la forma y gozan con la gracia que encierra, fijándose poco en la lección que va envuelta, sin considerar que el chiste que ellos ríen le trajo á la mente del autor la pena de un desengaño.

Bosco es muy probable que no tuviese intencion de burlarse al pintar sus caprichosas fantasías; tal vez creía de buena fe que todas las miserias del hombre provenían del nacimiento de la mujer, y por eso comienza con la creacion de Eva la alegoría moral del tríptico de la lujuria; idea que, aunque tiende á negar el libre albedrío, estaba bastante admitida en su tiempo y dió ocasion á varias colecciones de estampas que tenían por objeto poner al hombre en guardia contra las asechanzas de su compañera, que *forzosamente* habían de traer su daño. Véase el orden de asuntos de una de estas colecciones, grabada por Fe-

(1) Ac—iiij—1—B. E.

(2) Ac—j—15—pág. 70.—B. E.

(3) Ac—iiij—1—B. E.

(4) Ac—iiij—1—B. E.

(5) Ac—j—15—B. E.

(6) Tríptico de la Lujuria.

(7) Tríptico de la Lujuria.



lipe Galle (1), para poder apreciar la exactitud de mi observación y lo falso de la filosofía que inspiraba aquellas imágenes, que hubiera tenido igual motivo para suponer que Abel era el responsable del crimen de Caín. La primera estampa representa á *Eva dando á Adam la manzana*; siguen después: *Salomon adorando los ídolos, por sugestión de sus concubinas*; *Dalila cortando el pelo á Sanson*; *Judit matando á Holofernes*; *Lot embriagado por sus hijas*, y *Jael matando á Sisara*. Como se ve, el autor al escoger los asuntos ha prescindido de los móviles que impulsaron á aquellas mujeres; no ha visto más que al hombre envuelto en las redes que le tendían y siempre vencido miserablemente. Ni la experiencia del viejo Lot, ni la sabiduría de Salomon, ni la fuerza de Sanson valen nada ante los atractivos y la astucia de las mujeres, á quienes parece se proponía hacer más de temer que á los demonios. Considerando su poder tan irresistible y su maldad tan grande, pierde mucha importancia la significación que pueda tener el que los monjes y clérigos se vean mezclados en las escenas de desorden que he descrito, pues se puede creer que se entregan al vicio, más por la fuerza de la fatalidad que por voluntad deliberada, y mirada la cuestión de esta manera se pueden interpretar estas pinturas, no tanto con intención de zaherir á los malos, como con la de aconsejar á los buenos los peligros que han de evitar. De cualquier modo que sea, es menester divagar mucho para venir á sacar estas deducciones, y serán muy pocos los que haciéndolas puedan ver en tan extrañas figuras otra cosa que la obscenidad que en sí tienen; pero como era más justificable á los ojos del clero y los magnates de la devota corte de España gozar con la vista pinturas lúbricas que tuvieran por fundamento la moral y la religión, que no desvergonzadamente las escenas mitológicas y paganas con que Francisco I decoraba su palacio de Fontainebleau, era natural que prefirieran los cuadros de Bosco y Bruegel, ó las estampas de Hemskerck, y lejos de demostrar con esto que apreciaban la *lúgubre piedad* de aquellos artistas, no hacían sino dejarse llevar por las sugestiones del apetito carnal, que complacían hipócritamente con estas imágenes, lascivas unas veces, y bufonescas otras.

Una prueba de que no eran entonces ni las costumbres tan rudas, ni los hombres tan inocentes ó tan admiradores del arte que mirasen el desnudo con un idealismo platónico, la tenemos en la extrañeza que causaron las desnudeces de las figuras de *El Juicio final*, de Miguel Angel, y

en que poco después se hicieron adecentar por Daniel de Volterra.

En España, ni entonces, ni después, la severidad de las costumbres permitió á los artistas aventurarse en esta senda, y es muy raro el encontrar figuras desnudas en sus composiciones, y mucho menos que se trasluzca la más ligera idea deshonesta, ni con pretexto de hacer pintura cristiana ni mitológica. Generalmente se ocuparon en representar asuntos del Nuevo Testamento y vidas de los santos, que no se prestan tanto como los del Antiguo Testamento, las representaciones del infierno y las alegorías de los pecados, á ser interpretados de una manera equívoca. Esto demuestra también que la corte y el círculo relativamente reducido de monjes que se *edificaban* con los cuadros de Bosco, no dejaban de conocer que eran pinturas poco convenientes para excitar devotos pensamientos, pues al propio tiempo que se reservaban la contemplación de estas imágenes y las que encerraban sus colecciones de grabados, hacían cubrir una pierna desnuda que tenía la *Santa Margarita*, de Tiziano, sin duda porque estaba más al alcance de la vulgar contemplación.

## VII.

No creo, como dije al principio, haber logrado explicar nada, porque la imaginación se confunde queriendo encontrar el fundamento de hechos, como el de haber Benvenuto Cellini esculpido en toda su desnudez una figura destinada al culto de los fieles, como lo es el Crucifijo que está en el monasterio del Escorial; pues por mucho que el arte preocupara al autor, no podía preocupar lo mismo á las personas á quienes se destinaba. Este caso especial me hace dudar y presumir que para resolver satisfactoriamente estas cuestiones, son necesarios más datos que los que me suministra mi fatal memoria, más que mi escasa erudición. Mas si este ensayo diera ocasión á que algún sabio investigador fije y resuelva mejor las dudas que suscitan las pinturas deshonestas, cuyo pretexto, al hacerse, ha sido conseguir un fin moral ó religioso, sobre todo las de aquellas épocas y aquellos autores en quienes no es posible suponer una intención descaradamente burlesca, como la que tienen las obras de Rembrandt, no habrá sido del todo inútil mi trabajo.

CEFERINO ARAUJO SANCHEZ.

(1) Ac—j—16. B. E.



## LA MANTECA ARTIFICIAL.

Todo el mundo sabe que la manteca natural es uno de los principios inmediatos de la leche. Constituye la materia grasa de ese líquido que contiene un 3 por 100 de manteca, 5 por 100 de lactosa (azúcar de leche), 3 por 100 de casea, 1½ por 100 de materias minerales, y 88 por 100 de agua. Cuando se abandona la leche á sí misma, sobrenada en seguida en su parte superior la nata. Esta nata, batida en la mantequera, se separa de la caseina y del suero, y la manteca que contiene permanece adherida á las paletas de madera del aparato.

La manteca está comprendida en la clase de las sustancias que los químicos designan con el nombre de cuerpos grasos. Hasta 1813 creíase que estos cuerpos grasos, que comprenden los aceites, las grasas, la manteca, eran principios inmediatos, pero Mr. Chevreul demostró con trabajos inolvidables en la historia de la química, que están, por el contrario, formados con muchos principios particulares, mezclados entre sí en distintas proporciones. Tomemos un aceite vegetal cualquiera, por ejemplo, el aceite de olivo; sometámosle á la baja temperatura de 0° y se helará: pongamos este aceite congelado entre dos papeles porosos; los papeles se impregnarán de un líquido aceitoso que permanece líquido á -4° y quedará entre ellos una sustancia sólida, dura, formada con pajillas nacaradas y que se funde á 28°. Resulta, pues, que el aceite de olivo, una de las sustancias que se encuentran en la lista de los cuerpos grasos, está compuesto de dos principios muy distintos y que separamos fácilmente. Uno sólido llamado *margarina*, porque su aspecto nacarado es análogo al de la perla (*margarita*). El segundo líquido se llama *oleina*, por asemejarse al aceite (*oleum*).

Lo mismo sucederá con otros cuerpos grasos que se analicen; pero en cuanto á la grasa animal, al sebo de carnero, por ejemplo, se puede obtener, no sólo oleina y margarina, sino además una tercera sustancia, la *estearina*, nombre tomado de una palabra griega que significa sebo y que es la materia empleada en la fabricación de bujías.

Oleina, margarina y estearina son los principios inmediatos de los cuerpos grasos. Los aceites vegetales y la manteca de vaca están formados de oleina y de margarina. Los cuerpos grasos de origen animal, las grasas y el sebo, contienen oleina, margarina y estearina.

Comprenderáse fácilmente que, á causa de estas semejanzas de composición, los químicos no hayan

considerado imposible la transformación del sebo en manteca. Después de una serie de investigaciones importantes, un sabio conocido ya por sus grandes trabajos, y que ha unido su nombre á un nuevo procedimiento de panificación, Mr. Mege-Mouries, ha sabido obtener con ayuda de la grasa animal un compuesto de oleina y de margarina que presenta una constitución química semejante á la de la manteca natural. Estos interesantes resultados han llamado desde hace tiempo la atención de las autoridades y del público, y el Consejo de salubridad de París encargó el exámen de la nueva sustancia á Mr. Boudet, que ha publicado sobre este asunto un trabajo completo, del cual reproducimos los siguientes datos:

Hace muchos años, dice Mr. Boudet, en la época en que Mr. Mege-Mouries, encargado por el gobierno de estudiar algunas cuestiones de economía doméstica, se ocupaba de la fabricación normal del pan, fué invitado á hacer investigaciones con el fin de obtener, para uso de la marina y de las clases poco acomodadas, un producto que pudiera reemplazar la manteca ordinaria á menor precio, y capaz de ser conservado sin contraer el gusto acre y olor fuerte que la manteca adquiere al cabo de algun tiempo.

Hizo para ello Mr. Mege las siguientes experiencias en la granja de Vincennes. Puso muchas vacas lecheras á dieta absoluta. Al poco tiempo las vacas habían disminuido de peso y daban cada vez menos leche, pero esta leche continuaba teniendo manteca. ¿De dónde procedía esta manteca? Mr. Mege no titubeó en creer que la producía la grasa del animal que, absorbida y arrastrada en la circulación, se desprendía de su estearina por la combustión respiratoria, y proporcionaba la oleo-margarina á las tetas, donde, bajo la influencia de la pepsina mamaria, se transformaba en oleo-margarina mantecosa, es decir, en manteca.

Guiado por esta observación, aplicóse Mr. Mege inmediatamente á copiar la operación natural empleando la grasa de vaca primero, después la de buey, y obtuvo pronto, por medio de un procedimiento tan sencillo como ingenioso, una grasa fusible casi á la misma temperatura que la manteca y de un sabor dulce y agradable, transformando después esta grasa en manteca por un procedimiento parecido al de la naturaleza.

La grasa de mejor calidad de los bueyes se coloca, el mismo día en que son éstos muertos, entre dos cilindros con dientes cónicos que la aplastan y desgarran las membranas en que está contenida. Desde este aparato cae en una cuba profunda calentada al vapor, y en la cual hay, por cada 1.000 kilogramos de grasa bruta, 300 kilogramos de



agua y un kilogramo de carbonato de potasa. Se eleva la temperatura á 45°. Remuévese la masa. Al cabo de dos horas, desprendida la grasa de las membranas que la envuelven, encuéntrase fundida y reunida en la parte superior de la cuba y se escancia por medio de un tubo móvil puesto en contacto con una bomba en una segunda cuba, calentada al baño de maría á 30 ó 40 grados y adicionada con 2 por 100 de cloruro de sodio que favorece la depuración. A las dos horas de reposo la grasa, clara y limpia, presenta un bello color amarillo; su olor no es desagradable y se cuele en cristallisarios, donde se fija. Cuando está solidificada se la empaqueta con telas y se la coloca en una prensa hidráulica. Bajo una presión conveniente, en un taller que esté á 25°, se divide esta grasa en dos partes: una que representa 40 ó 50 por 100 de la materia es la estearina, fusible entre 40° ó 50°; otra es la oleo-margarina líquida que se fija por enfriamiento.

La estearina encuentra su empleo en las fábricas de bujías. La oleo-margarina fijada, que presenta un aspecto granoso, se funde en la boca como la manteca, mientras que el sebo, según se sabe, se une más ó menos al paladar á causa de la estearina que contiene. Esta oleo-margarina constituye la grasa ordinaria que se emplea en las faenas domésticas. Consérvase largo tiempo sin ponerse rancia, y bajo este concepto se la aprecia mucho para la marina.

Con esta oleo-margarina fabrica Mr. Mege-Mouries su manteca artificial.

Habiendo observado que las glándulas mamarias de la vaca que segregan la leche contienen una sustancia particular, una especie de pepsina, dotada de la propiedad de emulsionar ó mezclar las grasas con el agua, ha aprovechado esta observación para transformar la oleo-margarina en nata y después esta nata en manteca.

Introduce en una mantequera 50 kilogramos de oleo-margarina fundida, unos 25 litros de leche de vaca, que representan menos de un kilogramo de manteca, y 25 kilogramos de agua, conteniendo las partes solubles de 100 gramos de tetás de vaca, muy divididas y mantenidas durante algún tiempo en maceración; para darle color añade una corta cantidad de achiote. Pónese en movimiento la mantequera, y al cabo de un cuarto de hora, el agua y la grasa se encuentran emulsionadas y transformadas en una nata espesa, análoga á la de la leche: continuando el movimiento de la mantequera se ve la nata transformarse á su vez en manteca al cabo de un tiempo más ó menos largo, según las condiciones de la operación: por regla general bastan dos horas.

Terminada esta operación, se derrama agua

fria en el mantequero, y la manteca se separa, conteniendo, como la manteca ordinaria, leche de manteca que es preciso separar. El producto se coloca entonces en un aparato compuesto de una amasadera y dos cilindros moledores, puestos bajo una caída de agua en forma de lluvia, y allí se trabaja de modo que pueda transformarse en manteca bien lavada y de pasta fina y homogénea.

La manteca artificial ha sido analizada por los señores Boudet y L'Hôte: según estos químicos, tiene menos agua que la manteca natural y menos materias animales propias para enranciarla. En el mismo peso contiene más manteca real.

Pero al lado de estas ventajas, la manteca artificial, digase lo que se diga, tiene un gusto desagradable que recuerda el sebo, de donde proviene. Su precio es la mitad que la manteca natural, y presta indudablemente grandes servicios á las familias modestas y económicas: se conserva mucho tiempo y es muy apreciada para largos viajes; pero bajo el punto de vista del aroma y del gusto, preciso es convenir en que su sabor repugna á todo paladar delicado. Su composición, análoga á la de la manteca natural, la hace muy á propósito para falsificar ésta; la oleo-margarina la compran los defraudadores para enviarla á Bretaña, donde se mezcla con manteca natural. Utilízase también para preparar leche artificial, desliéndola en agua.

Indicaremos el medio de reconocer estos fraudes. La manteca natural (todo el mundo puede hacerla con leche de vaca) disuelta en éter, da una solución, que evaporada á seco en el baño de maría, deja un residuo de olor de manteca muy característico. Cocinando ligeramente este residuo aumenta el olor. Si la manteca contiene oleo-margarina, la coción del residuo dará, por el contrario, vapores de olor de sebo, que se conocen fácilmente.

Sería injusto censurar á Mr. Mege-Mouries por los recursos que la oleo-margarina puede proporcionar á los comerciantes desleales. Los fabricantes de manteca artificial no son responsables de las falsificaciones que pueden realizarse con el producto que venden. Estos son los inconvenientes que tendrán siempre las materias alimenticias artificiales ó de calidad inferior. El alcohol de remolacha se adorna muchas veces con el título de aguardiente de Cognac; la achicoria toma el nombre de café, y la fécula de patata se mezcla á veces con la harina de trigo; pero el destilador de alcohol y el fabricante de achicoria ó de fécula, son inocentes del empleo culpable que, sin conocimiento suyo, se hace de las materias que venden por lo que son. Lo mismo sucede con la manteca artificial.



El único y real inconveniente que tiene la nueva sustancia, es el sabor que, digan cuanto quieran sus admiradores, es bastante distinto del de la manteca natural. No por ello deja de constituir la oleo-margarina una materia notable bajo el punto de vista de su constitucion, de su origen y de su modo de preparacion. Su descubrimiento honra al sabio químico que la ha producido, y que esperamos sabrá mejorarla, con gran ventaja de la alimentacion pública.

GASTON TISSANDIER.

## LOS FUNERALES DE UN ROMANO.

### I.

Tan acostumbrados estamos á enterrar los muertos, que nos cuesta trabajo pensar pueda dárseles cualquier otro destino. Las costumbres, sin embargo, en este punto se han diferenciado mucho y la consagracion que adquiere la práctica tradicional en cada pueblo, hace mirar con horror las demas prácticas. Cuando encontró Dario en la India una tribu que se comía los muertos, á los individuos de esta tribu no les indignó ménos la idea de quemarlos, que á los soldados de Dario el canibalismo indio. Aun despues que la vida ha desertado del cuerpo, los yertos despojos de los que hemos amado no nos son ménos queridos que cuando estaban animados por el aliento vital; pero la costumbre produce manifestaciones diversas de este sentimiento de cariño, y cada una de estas manifestaciones es una protesta inútil contra la ley inexorable que reduce el cuerpo del difunto á gases impalpables y á átomos de polvo.

Los egipcios embalsamaban sus muertos; los hebreos los inhumaban fuera de la vista de los vivos. Los griegos inhumaban unas veces y otras quemaban. Este último procedimiento se generalizó con los progresos de la civilizacion. Los persas, si damos crédito á las alusiones de sus primeros historiadores y al aserto de sus historiadores más recientes, depositaban sus muertos en la techumbre de un edificio donde los abandonaban á las aves de rapiña y á los vientos del cielo. Inhumar, quemar, embalsamar, tales son las tres grandes alternativas adoptadas por la humanidad para disponer de los muertos. La posicion del difunto en la inhumacion ha sido diversa segun los pueblos: unos han creído conveniente inhumar de pié; algunas tribus de pieles-rojas los colocan sobre ramas de un árbol, y los etiopes sobre una losa de cristal. Los pueblos marítimos han honrado algunas veces á sus jefes, colocando con grandes ceremonias el cadáver en un buque, al

cual ponían fuego y abandonaban á las olas. Algunos de estos pueblos escogían para dichos funerales rios sagrados, y otros el mar. Hay pueblo que abandona los cuerpos muertos hasta que desaparece la carne, y sólo entierra los huesos. Los hay también, que, separando la carne de los huesos inmediatamente despues de la muerte, visten y adornan el esqueleto. Enterrar á un hombre vivo todavía era en una tribu de América prueba de afecto, y en otra tribu no ménos bárbara esta prueba de afecto consistía en dejar al moribundo expuesto á que le devorasen las fieras.

Herodoto refiere que en su tiempo existía una tribu, en la cual, cuando uno enfermaba, sus más íntimos amigos iban á decirle que la dolencia iba á estropear su carne, y por más que el enfermo protestase y asegurara que se encontraba bien, se le mataba y se le comía, (Thalia, 99).

Imposible es clasificar estos horrores entre los diversos modos de sepultura, y no hablaremos de esas tribus que *se beben* sus muertos, despues de reducirlos á cenizas. Baste decir que no hay costumbre funeraria, por rara y repugnante que sea, que no haya sido adoptada por alguna de las variedades del hombre salvaje.

En los pueblos civilizados, los dos procedimientos funerarios han sido la cremacion y la inhumacion; el último comprende el embalsamamiento. No creemos que el primero caracterice á las razas arianas y el segundo á las semíticas. Aunque Luciano llama á la inhumacion *costumbre de los bárbaros* y á la cremacion *costumbre de los griegos*, es innegable que ambos procedimientos se usaron alternativamente en Roma y en Grecia. La inhumacion es, al parecer, la primera sugestion de respeto que el muerto inspira á sus parientes y á sus amigos, quienes más tarde consideran mejores medios de conservar sus restos el embalsamamiento ó la cremacion. Los egipcios preferían el embalsamamiento para preservar los cuerpos de las fieras y de los gusanos, considerando el fuego un medio destructor. Los griegos, por el contrario, veían en la cremacion un medio de conservar cuanto podía sobrevivir materialmente al hombre mortal, depositando sus cenizas en ricas urnas. Interesa, pues, recordar lo que sucedía á nuestros antepasados en la civilizacion, los griegos y los latinos, en la última triste despedida de algun amigo querido. Vamos á describir las ceremonias de las honras fúnebres en el pueblo que, de los dos citados, nos es más conocido.

### II.

Estamos en Roma en los primeros años del imperio, y ha trascurrido una semana desde el fallecimiento de Cayo Cornelio Scipion. Su cadáver



está expuesto en el vestíbulo de su casa sobre el Palatino, una de las últimas residencias senatoriales sobre la colina que el emperador desea apropiarse. En este vestíbulo están las estatuas de los hombres ilustres de la familia, que ven allí inmóvil y mudo como ellos, el que ha ido á unirse á sus ilustres antepasados (*ad majores*). Su hijo Lucio, arrodillado próximo al cadáver, ha recogido en un beso de supremo adios el último suspiro y quitado el anillo de su dedo. Este anillo se le vuelve á colocar en el momento de las honras. Los parientes, en la habitación mortuoria, han exhalado un gran clamor con la vana esperanza de reavivar al difunto si no ha sucumbido al sueño final. Esta exclamación de duelo ha proporcionado á la lengua latina la palabra *conclamatio* para hacer constar que todo ha concluido. Entre tanto un mensajero ha ido á avisar á los *libitinarii* (1), los empleados de pompas fúnebres. Los criados de la casa lavan el cuerpo con agua caliente, y á su vez los *libitinarii* lo bañan en agua perfumada, derraman sobre él pomadas olorosas y lo visten con la *toga pretexta*, traje oficial de la muerte como de la vida para los personajes consulares. Conforme á una costumbre secular se pone una moneda en la boca del muerto para pagar el paso de la Stigia. La frente está adornada con una corona de laurel, ganada por Cornelio en los campos de batalla. El vestíbulo está lleno de flores y de hojarasca; un ramo de ciprés, plantado al lado de la puerta exterior, sirve de invitación para entrar á los amigos, y de advertencia para los que por motivos religiosos no pueden entrar en una casa donde está expuesto un cuerpo muerto. Durante siete días los clientes afligidos van á ver por última vez el rostro de su patrono y á pagarle el tributo de sus respetos: ellos con sus parientes son los que transportan el cadáver fuera de la ciudad hasta la pira funeraria y los que depositarán la urna que contenga sus cenizas en el mausoleo donde están las urnas de los héroes de su raza.

Un heraldo ha recorrido la ciudad para convocar á los que quieran formar parte del cortejo, porque el que ha muerto no es un oscuro ciudadano; Roma le conocía bien, y hay seguridad de que su familia le hará honores correspondientes á su rango. Y no se verificarán éstas de noche, como las de cualquier pobre plebeyo que parte para el *gran viaje*, sino que se harán con todas las solemnidades que puedan exigir los ministros de la diosa Libitina.

(1) Libitina, confundida algunas veces con Proserpina, era la divinidad de los funerales, y su templo en Roma depósito de accesorios de las ceremonias fúnebres. El principal funcionario de las pompas fúnebres se llamaba Libitinarius. Tenía, como es natural, empleados subalternos.

Desde por la mañana se les ve á la puerta de la casa, vestidos con trajes de duelo, llegando después los que arreglarán el orden y las filas de la procesion de acuerdo con los agentes de la policía. Va á empezar la marcha, porque los parientes más inmediatos colocan el cuerpo del difunto en el ataúd, que no es, como equivocadamente se cree, una suntuosa litera de marfil, sino de madera esculpida con ricos cortinajes. A una señal dada, los parientes y los clientes la ponen sobre sus hombros, y seguidos de largo cortejo, la transportan al lugar donde está la pira, no lejos de la sepultura de la familia.

Al frente de la procesion van los clarines que hacen vibrar el aire con melancólicos sonidos; preceden á las mujeres, quienes celebran en elegiacos cantares las virtudes del difunto; detras de las cantoras van los actores asalariados, recitando versos apropiados á las circunstancias; el jefe ó principal actor representa por medio de una pantomima muda las acciones que más fama dieron al difunto (1).

Pero ¿quiénes son los personajes que van detras de los actores? ¿Han resucitado los muertos para rendir homenaje á sus descendientes? No; son otros actores que llevan sobre su rostro máscaras de cera modeladas sobre los bustos del gran vestíbulo de la casa del difunto, y vestidos con los trajes que representan á los vencedores de las guerras de Apulia y de Samnium, de las Galias y de Cartago. Entre estos personajes los espectadores reconocen á Scipion, el más famoso de todos, que en la historia conserva el nombre de Africano, al que conquistó el nombre de Asiático combatiendo á Antioco; al que reunió el valor del romano á la ciencia elegante del griego; al austero patriota que aprobó la muerte de sus propios parientes acusados de usurpacion; al que una maestra pluma confirió segundo título de inmortalidad, como el amigo de Lelio. Y no son éstos los únicos que, famosos en vida y sobreviviendo en la memoria de los romanos, honran con su presencia las exequias de Scipion. Ninguna familia cuenta tantos hombres ilustres.

Hasta ahora la comitiva es puramente teatral. Vienen después los esclavos emancipados por la liberalidad testamentaria del difunto; liberalidad que es testimonio de recíproco afecto del amo y sus servidores, y no ostentacion orgullosa como la de esas almas vulgares que emancipan numerosos esclavos á costa de sus herederos; por eso

(1) El articulista omite otro actor que acaso no era admitido en todas las ceremonias fúnebres; el archimimo ó bufon que imitaba cómicamente el aspecto, los gestos y las maneras de quien los actores serios figuraban ser un personaje heróico. Era la parodia al lado de la apotheosis.



se ven en sus ojos verdaderas lágrimas y verdadera aflicción en su semblante.

Esta expresión de duelo sincero es también la del mayor número de los parientes y amigos de ambos sexos que siguen inmediatamente al féretro. Los hombres van vestidos de negro, las mujeres de blanco, innovación reciente que da ocasión á observaciones críticas. Las mujeres llevan la cabeza descubierta y los cabellos sueltos, y caminan golpeándose el pecho. Los hombres cubren su cabeza con un velo.

¡Qué afluencia! Allí se ven todas las clases de la población de Roma. El Senado completo; los simples conocidos del difunto van mezclados á sus amigos; algunos por satisfacer sencilla curiosidad, pero el mayor número deseosos de honrar en la muerte al que por tanto tiempo honraron en vida sin acercársele.

La comitiva entra en el Foro y en medio de aquel grande espacio, donde la justicia se administra al aire libre, se detiene, sentándose en semicírculo los representantes de los antepasados en las sillas de marfil de los magistrados. Publio, el sobrino de Cornelio, orador famoso, aparece sobre los rostros para pronunciar el panegírico de su tío. Refiere extensamente toda su vida tan laboriosa; su juventud consagrada al estudio y á los ejercicios militares; su edad madura empleada en combatir á los enemigos de Roma ó en mantener el orden en la ciudad; empresa más fácil desde que el emperador ha venido y sometido á todos los facciosos del interior. Publio habla de su piadoso respeto á los dioses; de su amor á su esposa y á sus hijos, de su celo para con sus clientes y de su bondad con todos aquellos que con él estaban relacionados.

«En toda cosa, dice, se muestra digno de su ilustre origen, digno de sus abuelos, cuyas efigies están aquí presentes, larga fila de grandes hombres que hicieron la grandeza de la república.»

El sentimiento que experimentaban los ciudadanos de Atenas al oír celebrar los nombres de aquellos griegos que habían combatido en Marathon, lo experimentaban también los ciudadanos de Roma, á quienes un orador recordaba las gloriosas empresas de los Scipiones.

Después de este alto en el Foro, vuelve á ser colocado el féretro sobre los hombros de los que comparten el honor de llevarlo, y sigue la marcha al través de las calles de la Ciudad Eterna, pasando por la famosa puerta Capena, y siguiendo la vía Apia. Ordinariamente muchos de los que van en la comitiva se separan de ella al llegar á la puerta Capena; pero en el caso actual tienen poco trecho que andar, porque el sepulcro

de los Scipiones está próximo, á uno de los lados de la vía Apia. No ha disminuido, pues, mucho la afluencia de gente cuando se llega al sitio donde hay una gran pira, compuesta de gruesos trozos de madera, entremezclados con diversas materias inflamables, y que por su forma cuadrilonga parece altar dedicado á los poderes invisibles.

Una cortina de cipreses trasplantados con motivo de la ceremonia, esparcen lúgubre sombra. Sobre aquella pira se coloca el féretro con todos sus magníficos adornos. Se vierten sobre él abundantemente los más preciados perfumes, nardo, incienso y todas las esencias odoríficas que producen Palestina y Siria, Arabia y Cilicia.

Todo está dispuesto, y Lucio Scipion se acerca. Al verle, las mujeres dan agudos gritos, y pueden notarse las lágrimas en los ojos del joven, porque vuelve la cabeza para no ver la pira al tiempo de prenderle fuego con la antorcha que en su mano temblorosa lleva. Sube rápidamente al cielo la llama, exhalando torbellinos de vapor oloroso, y cuando llega al cuerpo redoblan los lamentables clamores de las mujeres. Los hombres guardan silencio. No se verifican juegos fúnebres mientras que el fuego consume al difunto. Sus parientes no han adoptado la bárbara costumbre de arrojar sobre la pira las armaduras, los vestidos y otros objetos del muerto para que sean quemados con él. La multitud permanece de pié, inmóvil y en muda actitud de dolor.

Poco tiempo basta para reducir á cenizas los restos mortales entregados á un fuego que mantienen materias resinosas; y cuando sólo quedan algunos calcinados tizones, la multitud se dispersa, dejando á la familia realizar los últimos ritos de la ceremonia. Los humeantes tizones son apagados con vino, y se dirige una invocación solemne al alma del difunto. Los que intervienen en ella se lavan en seguida las manos con agua pura y recogen los huesos, fáciles de distinguir entre las negras cenizas que los cubren.

Estas preciosas reliquias, rociadas primero con vino y después con leche, las secan con un lienzo de lino y las colocan en una urna de alabastro perfumada, la cual ocupa en el sepulcro el nicho que le estaba destinado. Alrededor de este sepulcro hay nichos semejantes, cada cual con su inscripción, como en los cementerios modernos (1).

Terminada la ceremonia, la familia se despidió del muerto con esta piadosa frase: «paz al lugar de tu reposo.» Un sacerdote, á la entrada del monumento, rocía tres veces agua lustral sobre los que de él salen, para purificarles de toda mancha

(1) De aquí procede el nombre de *Colombarium*.



producida por el contacto del cuerpo, y les despide con la antigua fórmula: *Ilicet*; «podeis partir.»

La familia y los parientes se retiran tranquilamente por la Vía Apia, cuyas márgenes están sembradas de sepulcros, como de quintas las inmediaciones de una ciudad moderna. Encuentran ya las calles de Roma con su habitual aspecto. Al llegar al dintel de la casa del difunto son por segunda vez purificados por medio del agua y del fuego, rociándolos de agua y pasando por debajo de una llama. Durante nueve días vivirán aparte llorando al que no existe; el noveno ofrecerán un sacrificio á los dioses de la morada sombría, y darán un gran banquete fúnebre, al que asistirán vestidos de blanco todos los convidados. Acaso haya también juegos públicos y combates de gladiadores, con distribución de alimentos al populacho. Hecho lo cual, la familia volverá á sus ocupaciones habituales, quitándose los hombres el traje de luto, llevándolo las mujeres algún tiempo más, y la viuda probablemente un año. No por ello será olvidado el difunto; de vez en cuando llevarán flores y perfumes al mausoleo, encendiendo en él lámparas para iluminar la oscuridad sepulcral, y en las épocas conmemorativas se reunirán en banquetes los parientes y amigos vestidos de luto.

Así eran los funerales en la antigua Roma; pero entiéndase que sólo los de la aristocracia se celebraban con esta solemnidad y esplendor: los *libitinarii* encargados de las pompas fúnebres los distinguían en dos clases, designando á cada una por su nombre propio. Los de los pobres se hacían generalmente de noche, y es probable que los romanos tuviesen piras comunes como tenemos nosotros la fosa comun. Cuando el difunto era joven desaparecían muchos detalles de la ceremonia, y los niños no eran quemados sino inhumados.

El lujo de los funerales provocó leyes suntuarias especiales. La ley de las Doce Tablas autorizaba tan sólo diez músicos y tres lloronas asalariadas; prohibía los perfumes vertidos sobre el fuego, y el empleo del oro en los accesorios ó decoración del féretro; prohibición tan terminante, que sólo exceptuaba los cuerpos cuya dentadura había sido orificada. Mientras la cremación fué el modo popular de sepultura, estas leyes fueron con frecuencia violadas ó eludidas.

Con la introducción del cristianismo se fué abandonando poco á poco la cremación, y hacia el siglo IV la inhumación la había reemplazado; lo cual se explica por el origen hebraico de la nueva religión, y sobre todo por la creencia, muy esparcida, de la segunda venida del Mesías inmediato. La mayoría de los primeros cristianos

creían que los cuerpos confiados á la tierra resucitarían, y serían purificados de las manchas de la muerte el día de la resurrección universal. Inútil es decir que esta opinión se opone directamente á la enseñanza de la primera epístola de San Pablo á los Corintios, donde el apóstol dice de un modo positivo que no sabemos en qué cuerpo serán resucitados los muertos. La experiencia de los siglos ha revelado á los hombres el verdadero sentido de este sublime pasaje del apóstol. Rápida y cierta es la destrucción de nuestra forma mortal que entregamos á la llama devoradora ó la tierra corruptora, y al cabo de cien años poco importa saber cuál ha sido nuestra sepultura. Los átomos que componen nuestro cuerpo habrán sido disueltos y desparramados en mil lugares, tomando nuevas formas y siendo partícipes de otros organismos. Lo que hoy llamamos nuestro cuerpo se compone de lo que hace siglos formaba acaso el cuerpo de otro hombre. La naturaleza economiza sus materiales y los emplea más de una vez, pero el cuerpo *espiritual* que esperamos revestir el día del juicio universal, es distinto del cuerpo natural. En la resurrección futura no será dado ni recibido el maridaje; las distinciones de la vida mortal se perderán. Hemos llevado en la tierra «la imagen terrestre; en el cielo llevaremos la celestial, según la expresión del apóstol.» ¿Qué llegaremos á ser? Lo ignoramos, pero al ménos no estaremos en esta prisión de nuestros sentidos encadenados por condiciones corporales. En la seguridad de esta creencia contemplamos sin temor la disolución inevitable de nuestra carne perecedera; sus átomos desaparecerán en el Océano de la materia, como nuestro aliento desaparece en el Océano del aire; porque las leyes físicas que rigen ese remolino kaleidoscópico de átomos y de organismos, esperan la voluntad de Aquel que nos ha prometido una felicidad inmortal, sin que el corazón del hombre pueda concebir lo que Él prepara á aquellos que le aman.

*Fraser Magazine.*

En una obra del cirujano A. Walker se leen los siguientes detalles que completan los del artículo del *Fraser Magazine*:

Los primeros romanos conservaron durante algún tiempo la costumbre natural de inhumar sus muertos, y los inhumaban en la misma ciudad con el derecho de construir los sepulcros de familia en sus casas de campo.

Numa fué enterrado sobre el monte Janículo que no estaba entonces comprendido en el recinto de la ciudad. Los reyes sucesores de Numa tenían sus sepulcros en el Campo Marcio, situado entre



la ciudad y el Tiber. Las vestales gozaban el privilegio de ser inhumadas en la ciudad. Las que habían violado su voto de castidad eran enterradas vivas en un campo llamado *Campus Scele-ratus*.

La ley de las Doce Tablas prohíbe expresamente inhumar ó quemar ningun cuerpo muerto en el recinto de Roma. *Hominem mortuum in urbe ne sepelito neve urito*, términos que demuestran claramente que desde el siglo IV de la república, los romanos adoptaban indiferentemente la cremación ó la inhumación. (Muchas familias ilustres jamás adoptaron la costumbre de la cremación. La familia Cornelia, por ejemplo, continuó inhumando sus muertos hasta la época de Sila, el primero de su familia que ordenó que su cuerpo fuese quemado, por miedo sin duda de que con él hicieran lo que él había hecho con el de Mario). Las sepulturas declaradas inviolables y sagradas eran protegidas por leyes especiales, y el respeto religioso estaba de acuerdo con estas leyes.

Bajo el consulado de Duilio, las familias más ilustres tenían las sepulturas en sus posesiones, y tal fué la extensión de los campos consagrados á estas sepulturas, que los magistrados creyeron necesario limitarla por interés del cultivo de la tierra. Los sepulcros fueron entonces construidos á lo largo de las avenidas y de los caminos que conducían á la ciudad. Allí se encuentra lo que queda de los sepulcros de los Metelos, de los Claudios, de los Scipiones, de los Valerios, de los Servilios. Los nombres de Vía Aurelia, Vía Flaminia, Vía Lucilia, Vía Apia y Vía Julia, etc., provienen de estas sepulturas. Muchas familias, sin embargo, preferían para sus muertos la *Collis horticultorum*, algo más arriba del Campo Marcio. La clase plebeya tenía también terrenos de cremación y de sepultura. (*Hoc miseræ plebi stabat commune sepulcrum*, dice Horacio.) Estos terrenos conocíanse con el nombre de *puticuli*, bien porque fuesen cavidades abiertas como pozos, ó bien á causa del horrible olor que esparcían por las inmediaciones; lo cierto es que consistían en hoyos donde eran arrojados los cuerpos de los plebeyos. Los sitios donde los romanos quemaban los cadáveres se llamaban *ustrinæ*. Los *puticuli* estaban primitivamente en la colina Esquilina; pero esta fosa comun de Roma no existía ya cuando escogió Mecenas dicha colina para sitio de su sepulcro; más tarde tuvo también allí Horacio el suyo, próximo al de su amigo el favorito de Augusto. La donación de estos terrenos para el pueblo era una de las liberalidades con que los ciudadanos ricos adquirían los sufragios. La generosidad de los pontífices procuraba á los pobres

funerales gratuitos, y esta era una caridad, como las exequias á costa de la república eran un honor para un ciudadano rico.

Cuando casi todos los sepulcros estuvieron fuera de los muros, el privilegio de ser inhumado dentro del recinto de Roma era una excepción en favor de las Vestales, de los generales que habían obtenido los honores del triunfo, de los sacerdotes y de los servidores de un templo. Este privilegio llegó á ser una distinción muy codiciada, aunque algunos Césares tuvieron sus sepulcros fuera de Roma, Domiciano en la Vía Latina, Septimo Severo en la Vía Apia, y otro emperador en la Vía Lavinia.

Pródigamente concedido después dejó este privilegio de ser deseado, y para detener al mismo tiempo el abuso, Antonino Pio, prohibió la sepultura en lo interior y hasta en los arrabales de las ciudades de su vasto imperio.

Casi en la misma época cesó también la costumbre de embalsamar á los muertos.

En tiempo de este emperador, la costumbre de quemar los muertos era ya menos comun, pero no cesó por completo hasta la época del emperador Graciano.

*Revue Britanique.*

## SAKÚNTALA,

DRAMA EN SIETE ACTOS

DEL POETA INDIO KALIDASA.

### ACTO CUARTO. \*

#### INTRODUCCION.

*Entran las dos amigas Anasúya y Priyanvadá haciendo como si leyesen en flores.*

ANASUYA. Amiga Priyanvadá, mucho ha celebrado mi corazón el que Sakúntalá se haya unido en dulce himeneo, al modo de los Gandharvas, con un esposo digno de su mérito y nobleza; mas no puedo echar de mí cierta inquietud que me hace temer por las consecuencias.

PRIYANV. ¿Cómo así? Explicáte.

ANASUYA. Hoy mismo, terminado el sacrificio, se ha despedido el príncipe de los sabios Rishis. Llegado que sea á la ciudad, se presentará á las bellas damas de su rico harem, y quién sabe... tal vez no conservará memoria de sus compromisos y olvidará por completo á nuestra amiga y su esposa.

PRIYANV. Ten confianza. No juegan así con la virtud y el honor varones tan ilustres como el rey Dushyanta. Pero lo peor del caso es que no sabemos cómo el Maestro interpretará el hecho luego que le conozca.

ANASUYA. En mi opinión, otorgará su asentimiento á todo.

\* Véanse los números 40, 41 y 42, páginas 155, 184 y 215.



PRIYANV. ¿Por qué lo crees así?

ANASUYA. Porque su primer pensamiento fué dar la mano de la niña á un varon sabio y virtuoso; si el destino le ha deparado éste, que lo es, y noble, verá en un dia logrados sus intentos con pequeño esfuerzo.

PRIYANV. (Examinando el cestito de flores.) Mira y ve si las flores que llevamos recogidas bastan para las ceremonias del sacrificio.

ANASUYA. Ten presente que vamos á dar culto á los Dioses tutelares de nuestra muy amada Sakúntalâ.

PRIYANV. Y es muy justo que lo hagamos con atencion y celo. (Sigue cogiendo flores. Luego se oye detrás del escenario una)

Voz. Yo soy; ¡ehl!

ANASUYA. (Con atencion.) Me parece voz extraña. Tal vez se anuncian nuevos huéspedes.

PRIYANV. Sakúntalâ está en su pabellon. (Aparte.) Por más que su corazon no está con ella.

ANASUYA. Mira, ya tenemos más que suficientes flores. (Dan algunos pasos para salir, y se oye detrás de la escena una)

Voz. ¡Ay de tí, que has despreciado al hombre recto y virtuoso! Fija el alma en aquel á quien has dado posesion absoluta de tu memoria, no percibes que yo tambien soy penitente. Pues bien; escucha mis palabras: se acordará de tí y no te reconocerá por esposa, como el que ha perdido el juicio, que no recuerda la palabra apénas salida de sus labios.

PRIYANV. ¡Oh, dolor! ¡Oh, pena! Algo desagradable ha pasado. Sakúntalâ, distraida en sus dulcísimos ensueños, ha, quizá, ofendido á algun anacoreta venerable, digno de honor y de respeto. (Observando á los costados.) Y, á lo que parece, ha sido á un respetable individuo de la Laura, nada ménos que al gran Rishi Durvâsas, de carácter irascible y ligero. Despues que ha lanzado tan terrible anatema, le he visto retroceder con paso tembloroso, pero tan veloz, que me pareció un huracan irresistible; y su poder, semejante al de Agni, invencible, mensajero de los Dioses.

ANASUYA. Anda, échate á sus piés, y muévele á que absuelva á nuestra amiga; yo voy entre tanto á preparar el agua sagrada.

PRIYANV. Voy en seguida. (Sale.)

ANASUYA. (Tropieza y deja caer las flores.) ¡Oh, dolor! El cestito de flores se me ha deslizado de la mano.

(Recoge las flores. Despues de una breve pausa entra)

PRIYANV. Amiga mia, este santo varon ha demostrado una vez más conmigo su carácter repulsivo y sus maneras bruscas; aunque me parece haberle movido un poco á benevolencia, está resuelto á no cambiar una sola de sus palabras.

ANASUYA. Y no es poco si de su dureza has logrado eso. Cuéntame lo que ha pasado.

PRIYANV. Cuando noté que persistía en no volver atrás la vista, le hablé de esta manera: «Varon santo, considera que esto ha pasado hoy, por vez primera. La hija del nobilísimo Rishi ignoraba la virtud del Tapas terrible. Perdona, pues, esta única ofensa de la amada compañera.»

ANASUYA. ¿Y cuál fué su respuesta? Habla pronto.

PRIYANV. Luego me dijo: «Mi palabra no puede cambiarse; pero escucha: cesará la maldicion en el momento de ver el Rey una joya, que será la señal de reconocimiento.» Así habló, y en el instante mismo desapareció por virtud propia.

ANASUYA. Ya podemos respirar tranquilas; precisamente al partir puso el rey generoso en su dedo un anillo por recuerdo, y en él está grabado su nombre augusto. En esta joya tendrá Sakúntalâ un talisman seguro contra la maldicion del Rishi, de que podrá usar libremente.

PRIYANV. Vamos, es llegada la hora de cumplir nuestro deber en el servicio de los Dioses. (Andan unos pasos observando, y sigue.) ¿Qué veo? Acércate, Anasûya, y mira. Apoyada la mejilla en la mano izquierda, está allí nuestra preciosa amiga, fijo su pensamiento en el amado esposo, sin darse cuenta siquiera de sí misma. ¡Cómo ha de observar lo que en torno suyo pasa!

ANASUYA. Priyanvadâ, yo creo que este suceso no debe salir en modo alguno de nuestro pecho. Trataremos tambien con la mayor dulzura á la amiga, que es naturalmente sensible y delicada.

PRIYANV. Indudablemente, debemos hacerlo así; no podría, sin grave daño, regarse con agua hirviendo á la tierna flor Navamâlikâ. (Salen las dos.)

FIN DE LA INTRODUCCION Ó VISHKAMBHAKA.

*Entra un discípulo que acaba de levantarse de dormir.*

Disc. El noble Kaçyapa ha vuelto de su excursion y me ordena que vea la señal de la hora. Voy á salir al aire libre, y en un instante veré lo que resta de la noche. A ello, pues. (Da unas vueltas y observa.) ¡Hola! ya hay luz; y de este lado veo que el rey de la plantas y antorcha de la noche se dirige á la cima de la montaña de poniente; por el lado opuesto se presenta ya el sol, precedido de su veloz auriga la aurora. La manera de estar de los hombres en la tierra se cambia igualmente en los momentos simultáneos de salir y ponerse las dos grandes luminarias. Y es singular que, apénas desaparece el astro de la noche, se esconde á mi curiosa mirada una especie de flor Lotos, cuya belleza primera queda siempre fija en la memoria. Así las penas de una bella producidas por la ausencia de su amado son ciertamente sobre toda medida penetrantes. (Entra precipitadamente.)

ANASUYA. Por más que una muchacha que vive alejada de estos asuntos no los entiende, para mí es indudable que el rey Dushyanta no ha obrado rectamente con Sakúntalâ.

Disc. Voy á anunciar al Maestro que es ya llegada la hora de celebrar el sacrificio Sôma (Sale.)

ANASUYA. Ahuyentado el dulce sueño de mis ojos, ¿qué hacer? Piés y manos apénas quieren ponerse en movimiento para dar comienzo á mis tareas ordinarias. El divino Amor puede estar contento de su obra. La infortunada Sakúntalâ, impulsada por su influjo irresistible, da su mano á un hombre que, faltando á su fe y á su palabra, la deja abandonada á los pocos momentos de celebrado el himeneo. Su tierno corazon vive penando en profunda soledad y desconsuelo. Pero no... La maldicion de Durvâsas, y no el rey, ha producido tanto daño. Porque, al ménos, el generoso príncipe, que tales cosas obró y dijo, hubiera enviado, despues de tantos dias, una carta ó un sencillo mensaje. Le mandaríamos, para recuerdo de su palabra, el anillo de reconocimiento; pero ¿quién informa del suceso á un hombre endurecido por el pesar y por



el tapas? Y aunque Sakúntalâ está libre de culpa en el asunto, me falta valor para anunciar á Kâçyapa que se ha enlazado en himeneo con Dushyanta; y que ahora es tan desgraciada. ¿Pero si nuestras precauciones no bastan á conservar el secreto?... Cómo saldriamos de este enredo!... (Entra precipitadamente.)

PRIYANV. (Con júbilo.) Corre, corre, ven á completar nuestra alegría: Sakúntalâ sale hoy mismo para unirse con su esposo.

ANASUYA. ¿Qué dices? Cuenta; ¿cómo puede ser esto?

PRIYANV. Escucha un momento. Me dirigía á la tienda de Sakúntalâ para informarme de su estado y saber cómo había pasado la noche.

ANASUYA. ¿Y qué?

PRIYANV. Entonces el Maestro Kâçyapa, abrazándola con dulzura, la saludó con estas palabras, que hicieron aparecer en su hermoso rostro el bello carmin de la vergüenza: «Afortunada eres. El sacrificio cayó en el fuego aunque el humo perturbó un momento la faz del sacerdote. Hija mia, tu porvenir se presenta risueño y envidiable como la ciencia que se entrega á un discípulo prudente y aplicado. Hoy mismo partirás al lado de tu esposo, escoltada por varones prudentes y sabios y por damas de autoridad y de respeto.»

ANASUYA. ¿Y quién ha manifestado á Kâçyapa el oculto suceso?

PRIYANV. Al penetrar en el recinto del sagrado fuego, una voz pronunciada por un sér invisible se lo dijo.

ANASUYA. (Con asombro.) ¿Qué le dijo? Prosigue.

PRIYANV. (Hablando en sanskrit.) «¡Oh, Brahman! Sakúntalâ lleva en su seno un rayo de luz que ha recibido de Dushyanta para salud del mundo, á la manera que la planta Çamî encierra el germen del fuego.»

ANASUYA. (Abrazando á Priyanvadâ.) ¡Oh! qué placer tan inmenso me produce esta nueva. Pero ¿qué digo? Cuando pienso que hoy mismo se llevarán á Sakúntalâ, siento en mi ánimo gozo mezclado de tristeza.

PRIYANV. Nosotras debemos justamente procurar que la tristeza no turbe la tranquilidad de su alma: la bella solitaria debe estar hoy llena de contento.

ANASUYA. Así pienso yo también. Por eso precisamente he guardado una guirnalda de flores *Kesaras*, que conservan su belleza largo tiempo, en esa cajita de coco que ves ahí colgada de la rama de Mango. Tómala tú y guárdala con cuidado. Entre tanto yo voy á preparar de este almizcle, con tierra del suelo del baño sagrado y tiernos tallos de la planta Dûrva, un perfume delicioso y símbolo de ventura.

PRIYANV. Hagámoslo así. (Sale Anasúya y Priyanvadâ se pone á coger flores. Entre tanto se oye una)

Voz. Gautamî, que Çârngarava y los compañeros vayan en busca de Sakúntalâ.

PRIYANV. (Prestando atención.) Anasúya, escucha, ya llaman á los sabios que han de acompañar á Sakúntalâ á Hastinâpura.

ANASUYA. Vamos también nosotras. (Andan unos pasos.)

PRIYANV. Aquí viene Sakúntalâ radiante de hermosura: ya trae lavada y arreglada la cabeza. Lindas jóvenes la rodean y saludan, diciéndola bendiciones y presentándola el arroz del sacrificio. Acerquémonos á ella. (Entran á Sakúntalâ sentada

en un sillón de mano, con el acompañamiento dicho, y tres mujeres penitentes.)

1.<sup>a</sup> PENIT. (A Sakúntalâ.) Hija mia, recibe desde hoy el título de «Gran Reina» que simbolice la estimación y cariño del augusto esposo.

2.<sup>a</sup> PENIT. Hermosa niña, que seas pronto madre de un héroe dominador del mundo.

3.<sup>a</sup> PENIT. Afortunada esposa, que seas siempre honrada con el cariño más profundo de tu amado. (Las tres penitentes salen, quedando Gautamî. Despues entran las amigas.)

PRIYANV. Adorable amiga, deseamos con todo nuestro corazón que el baño te devuelva tu vigor y lozanía.

SAKÚNT. Bienvenidas sean mis queridas amigas; tomad asiento á mi lado.

AMIGAS. (Lo hacen.) Sakúntalâ amada, debes estar dispuesta para partir: entre tanto, vamos nosotros á preparar el perfume de la fortuna.

SAKÚNT. ¡Oh! cuánto debo estimar estas muestras de vuestro cariño. Tal vez nunca más tendré la dicha de ser adornada por manos tan queridas. (Se limpia las lágrimas.)

AMIGAS. No está bien que llores en estos momentos de tanta dicha y de la más grande ventura que en la tierra cabe. (Lloran. Luego empiezan á vestirla y adornarla.)

PRIYANV. El cuerpo hermoso y elegante forma extraño contraste con los preciosos vestidos, que fácilmente pueden adquirirse hasta en una Laura de solitarios y penitentes. (Entran dos jóvenes con regalos en las manos.)

JÓVENES. Aquí teneis un adorno precioso; ponéle también á la nobilísima niña. (Les miran asombradas.)

GAUT. Hijo mio Nârada, ¿de dónde ha venido tan rico adorno?

NARADA Del gran poder del venerable Kâçyapa.

GAUT. ¿Es obra de su espíritu elevado.

2.<sup>o</sup> JÓV. No, ciertamente, no habeis pensado bien; escuchad y sabreis su origen. El gran Kâçyapa nos dijo lo siguiente: «Andad y coged flores de los árboles para Sakúntalâ.» Y cuando estábamos en esta ocupación, hé aquí que un árbol produjo un vestido de lino, color rojizo de luna, portador y símbolo de ventura: otro destilaba una suavísima sustancia resinosa, cuyo uso es muy benéfico en los piés delicados de una bella: otros daban adornos de sus tallos nacientes, y todos se mostraban generosos, como haciendo competencia á las manos benéficas y espléndidas de las divinidades de las selvas que derraman la dicha y la fortuna.

PRIYANV. Indudablemente, favores tan señalados demuestran y anuncian la felicidad sin límites, que gozarás en la morada del esposo.

NARADA. Ven, Gautama, ven; corramos á dar cuenta al maestro Kâçyapa, que sale del baño, de los ricos dones que los árboles han prodigado á Sakúntalâ.

2.<sup>o</sup> JÓV. Sí, sí, corramos. (Salen.)

AMIGAS. ¡Oh dolor! jamás hemos puesto un adorno; pero la práctica que tenemos en la pintura nos servirá de norma para ajustar con elegancia el traje y los adornos á tu lindo cuerpo.

SAKÚNT. De todo os sacará bien vuestra especial destreza. (Se ponen á adornarla. Pocos momentos despues entra Kâçyapa que viene del baño.)

KÂÇYA. Hoy se irá Sakúntalâ; mi corazón está oprimido de pena. Gruesas lágrimas se agolpan á mis ojos y ahogan mi garganta, mi vista se



turba y se ofuscan mis sentidos ante la muchedumbre de cuidados y disgustos; si el cariño que profeso á esta niña produce en todo mi sér perturbación tan grande, y soy anacoreta y he renunciado al mundo y sus encantos, ¡cuál será el martirio de un padre al verse privado por vez primera de su hija muy querida! (Anda como turbado.)

**PRIVANV.** Bella Sakúntalá, ya estás vestida y adornada; échate ahora el manto doble por encima de los hombros. (Se levanta y la echa el manto.)

**GAUT.** Hija mia, aquí está tu padre, en pié, esperando tu abrazo, con los ojos henchidos de lágrimas; su gozo, al verte dichosa, es grande; no faltes tú á los deberes de hija bien educada.

**SAKÚNT.** ¡Padre querido! bien venido seas.

**KACYA.** El más ardiente deseo de mi corazón es que seas honrada por tu esposo augusto como *Carmishtá* por *Yayáti*, y que tengas también un hijo destinado á ser dominador y rey supremo, como aquella tuvo al gran *Puru*.

**GAUT.** Señor mio, vuestras palabras son para ella prenda segura de que obtendrá tan altos dones.

**KACYA.** Ahora, hija mia, da una vuelta al sagrado fuego, en dirección de la derecha. (Todos dan la vuelta: entre tanto dice en tono sentencioso al modo de los versos del Rigveda.) «Estos fuegos tomados del ara sagrada, puestos sobre el altar con nuevo combustible, y la hierba *kuça* esparcida en sus extremos, con el suavísimo olor del sacrificio, aparten lejos de tí el pecado y limpien tu corazón de toda mancha.» Ya puedes emprender confiada la marcha. (Queda pensativo.) ¿Dónde están *Cárngarava* y sus compañeros?

**ÇARN.** Señor, aquí estamos todos.

**KACYA.** Anda y vé delante, para que muestres el camino.

**ÇARN.** Por aquí, señora mia.

**KACYA.** ¡Oh, vosotras, flores y plantas de esta Laura deliciosa! Sakúntalá, que con solícito cuidado refrescaba vuestros ardores antes de apagar la sed propia; que, por cariño á vosotras, jamás arrancó de su lugar un tallo ni un capullo para usarlo como adorno; que celebraba como gran fiesta el primer día en que aparecían vuestras flores y tiernos botoncitos; la que siempre fué alegría de estas selvas, pide vuestra venia para marchar al lado de su esposo amado. No le negueis este consuelo... (Hace oír los gorjeos de un *kokila*.) Escuchad. Sakúntalá obtiene de las plantas y flores, compañeras y amigas de sus tiernos años, la venia para emprender su viaje. Así lo manifiestan por los dulces sonidos de este *kokila* (1). (Se oye en el aire una)

**Voz.** Que los risueños lagos, con sus verdes y plácidas riberas, vestidas de Lotos, hagan ligero y ameno el viaje; las sombras de tupidos árboles cierren el paso á los rayos del sol ardiente; suavísimo y perfumado polvo de Lotos, llenando los espacios, dé placer á la hermosa viajera; vientos suaves, apacibles y tranquilos impulsen su marcha. (Todos escuchan asombrados.)

**GAUT.** ¡Bella mja! Los genios tutelares de nuestra Laura te dan su bendición para el viaje, en premio del amor con que les has rendido adoración y culto. Honra una vez más á los benéficos Dioses.

**SAKÚNT.** (Haciendo vénias en diversas direcciones. Luego dice aparte.) Querida Priyanvadá, aunque mi corazón suspira justamente por estar con el amado esposo, ahora que llega el momento de abandonar este retiro, me faltan las fuerzas y los piés se mueven con trabajo.

**PRIVANV.** ¡Oh! Todos los moradores de la Laura y los séres que viven en la selva dan claras señales de la profunda pena que tu marcha les produce. ¿No lo ves? Las graciosas gacelas dejan caer el bocado; los pavos reales suspenden sus alegres danzas y gorjeos; las Trepadoras y Lianas despiden una á una sus hojas amarillas, como lágrimas de pesar y de ternura.

**SAKÚNT.** Padre mio, dejadme despedir también de la trepadora *Vanachiotsna*, que ha sido para mí como una hermana.

**KACYA.** Ya sé que la querías como á hermana; ahí la tienes á tu derecha.

**SAKÚNT.** (Da unos pasos hacia la planta.) ¡Luz de la noche! Aunque asida fuertemente al árbol Mango, estréchame también con estos ramos, que, como brazos, tienes extendidos; desde hoy no podré darte mis cuidados.

**KACYA.** Al modo que esta planta *Navamálka* se ha enlazado con el árbol Mango, has obtenido tú un esposo digno de tu nombre y de tus virtudes; por tu suerte, como por la suya, estoy libre de cuidados... Ea, pues, tiempo es ya de emprender la marcha.

**SAKÚNT.** Amigas mias, á vuestro cuidado encomiendo mis flores y mis plantas.

**AMIGAS.** ¿Y quién cuidará de nosotras y de nuestro destino? (Lloran.)

**KACYA.** Basta de llorar, *Anasûya*. (Todos andan algunos pasos.)

**SAKÚNT.** ¡Padre mio! Cuando esta pesada gacela, que se mueve con penoso esfuerzo alrededor de las tiendas tenga un hijito, despachadme algún correo que me dé la buena nueva.

**KACYA.** Te prometo cuidar de esto.

**SAKÚNT.** (Haciendo como si algo se opusiera á su marcha.) ¿Quién se pega tanto á mi vestido?

**KACYA.** La que no quiere dejarte libre el paso es aquella gacela agradecida que, atormentada por una espina de *Kuça*, la curaste, rociando la herida con unguento suavísimo de aceite *In-gudí*; despues has usado con ella gran cuidado, tratándola en todo como á hija muy querida.

**SAKÚNT.** Linda gacela, ¡á qué me sigues ahora que abandono este recinto? Sin la madre que perdiste en los primeros momentos de tu vida, has sido criada; el amable maestro te cuidará en mi ausencia. Vuélvete, pues, y déjame libre el paso. (Llora.)

**KACYA.** No dejes caer tu espíritu en abatimiento; cese ya de tus ojos el llanto, que impide la ejecución de buenas obras, y levanta tus hermosos párpados al cielo. Si en tu marcha no prestas atención á las quebraduras y asperezas, tropezarás y caerás seguramente.

**ÇARN.** Maestro venerable, «hasta un depósito ó corriente de aguas se debe únicamente acompañar á la persona amada.» Así lo ordena la ley santa. A la vista tenemos la ribera de un lago; comunica tus postreras órdenes, y puedes retirarte.

**KACYA.** Has hablado rectamente; pero deja que descansemos un momento á la sombra de aquella frondosa higuera... (Se dirigen todos al punto

(1) *Kokila*, *cuculus indicus*. El macho de esta ave tiene un canto muy agradable. Los poetas indios le celebran con frecuencia.



señalado.) ¿Qué mensaje llevarías de nuestra parte y digno de nosotros al rey Dushyanta? (Queda pensativo.)

SAKÚNT. Mira, Anasûya, y escucha; la tierna ave-cilla C'akravaka da gritos, llamando á su amado compañero, que se oculta detras de unas hojas de Lotos, y le dice: «sufro mucho.»

ANASUYA. Calla, y no atormentes tu corazón con tales pensamientos. No ves que esta mísera ave-cilla pasa resignada la noche, que la ausencia de su amado hace mucho más larga y penosa? La dulce esperanza hace más ligeros los pesares.

KACÛYA. Çârngarava, cumplida tu primera misión de presentar á Sakúntalá al Rey, le dirás en mi nombre...

CARN. Lo que ordene el venerable maestro.

KACÛYA. «Considera, noble príncipe, con el mayor detenimiento, que nuestra riqueza y la base de nuestra dicha está en la negación y dominio de la voluntad propia. Si tu familia es de ilustre descendencia, no es ménos elevado el nacimiento de esta nobilísima princesa; el amor de su alma es puro y espontáneo su cariño, y no criado por inspiraciones de familia. Lo que tenga decretado el inmutable destino debe cumplirse y no pueden cambiarlo ni juzgarlo siquiera los parientes de la esposa.»

CARN. Está comprendido vuestro mensaje.

KACÛYA. Hija mia: escucha mis últimas palabras, y graba en tu corazón mis consejos. Aunque moradores de las selvas, no desconocemos del todo los asuntos de la tierra.

CARN. Nada, ciertamente, se oculta á la mirada penetrante del verdadero sabio.

KACÛYA. Cuando estés en la morada de tu esposo, escucha la voz de los maestros y de los sabios: obra con las compañeras de palacio como sincera y cariñosa amiga; no contraríes con encono la voluntad de tu esposo, aunque defiendas la justicia; sé atenta y amable con los que te sirven y rodean, y modesta en la próspera fortuna: las jóvenes que así obran son verdaderas señoras de su casa; las que no guardan esto son en ella una carga pesada. ¿Qué opina Gautamí de lo que estoy diciendo?

GAUT. No debe ser otra la costumbre de la mujer: conserva todo esto en tu corazón y serás dichosa.

KACÛYA. Es llegada la hora de nuestra separación: dame el último abrazo, y hazlo también con tus amigas.

SAKÚNT. (Abraza al Maestro.) Cómo podré soportar la vida, arrancada para siempre del seno del amado padre, cual la planta C'ándana, transportada á otro suelo desde la pendiente del Malaya!

KACÛYA. ¿Qué pensamientos abaten tu corazón y ofuscan tus sentidos? Cuando te veas estimada y honrada por un esposo de glorioso nombre y de nobilísimo linaje que te haga señora de su casa; cuando deberes altos y sagrados ocupen sin cesar tu mente; cuando, en no lejanos días, nazca de tí un hijo hermoso como el sol de las regiones orientales; entónces, hija mia, no turbará tu dicha el recuerdo del padre, que pasa lejos de tí los postreros días de su vida... (Sakúntalá cae á los piés del Maestro.) ¡Ojalá que tengas todo lo que para tí deseo!

SAKÚNT. (A las amigas.) Dadme las dos un fuerte abrazo. (Lo hacen.)

PRIYANV. Si el Rey Augusto, influido por fuerza extraña, desconociese tu persona y negase tus derechos, preséntale este anillo que lleva grabado su propio nombre.

SAKÚNT. Esta siniestra duda me hace temblar. Dices bien.

PRIYANV. Nada temas; el amor sospecha siempre mal del sér amado.

CARN. El sol ha pasado ya del punto medio de su carrera; no debemos dilatar más tiempo la marcha, señora.

SAKÚNT. (Mirando á la Laura.) ¡Oh, cuándo verán mis ojos esta Laura que tan gratos recuerdos encierra.

KACÛYA. Escucha, cuando hayas sido, el tiempo decretado por el destino, señora de la anchurosa tierra y hayas dado también esposa al hijo incomparable de Dushyanta y tuyo, entónces pisarán una vez más tus plantas esta Laura, con tu esposo, que, confiado, echará sobre el nuevo príncipe la carga del Gobierno.

GAUT. Ea, pues, pongamos término á la despedida; el tiempo más precioso para el viaje se pasa; no detengas más, hija mia, al padre con nuevos discursos. Y tú, noble maestro, vuelve á dirigir los asuntos de la Laura.

KACÛYA. Dices bien; he descuidado largo tiempo mis prácticas sagradas.

SAKÚNT. (Le abraza otra vez.) Vos, padre mio, atormentais demasiado vuestro cuerpo con privaciones y penitencias. Siquiera por mí, contened el celo de vuestro espíritu.

KACÛYA. ¡Cómo ha de tener fin mi dolor, hija mia, cuando mis ojos vean crecer á la puerta de tu morada las flores, hierbas y el arroz del sacrificio que tus manos plantaban. Anda, que sea próspero tu viaje. (Sale Sakúntalá con su comitiva.)

AMIGAS. (Mirando en la misma dirección.) ¡Oh dolor, dolor! ¡Sakúntalá desaparece para siempre entre los árboles del bosque!

KACÛYA. Hijas mias, la hermosa compañera de vuestras inocentes diversiones, cuya dulce voz animaba nuestros actos religiosos, nos abandona para siempre. No dejéis por eso abatir vuestro espíritu, y seguidme á la Laura.

AMIGAS. Maestro, ¿y cómo podremos soportar la vida en ella? Sin Sakúntalá encontraremos lóbregas y tristes sus antes risueños pabellones.

KACÛYA. Ciertamente; así pinta los objetos el amor verdadero. (Se pasea en ademán triste y mesurado.) Ahora, hijas mias, que he enviado á Sakúntalá á la morada del esposo amado, vuelve la tranquilidad á mi alma. Y en verdad, esta niña era, en mis manos, un tesoro ajeno. Restituido, en este día, á su dueño legítimo, el esposo, renace en mi corazón la paz y la ventura que, por breves momentos le habían abandonado. (Salen todos.)

FIN DEL ACTO CUARTO.

FRANCISCO GARCÍA AYUSO.

En Washington se va á verificar un certámen de cajistas de imprenta. Ganarán los premios, que consisten en componedores de oro y de plata, los que más rápidamente y con ménos erratas compongan un texto determinado.

Imprenta de la Biblioteca de Instrucción y Recreo, Rubio, 25.